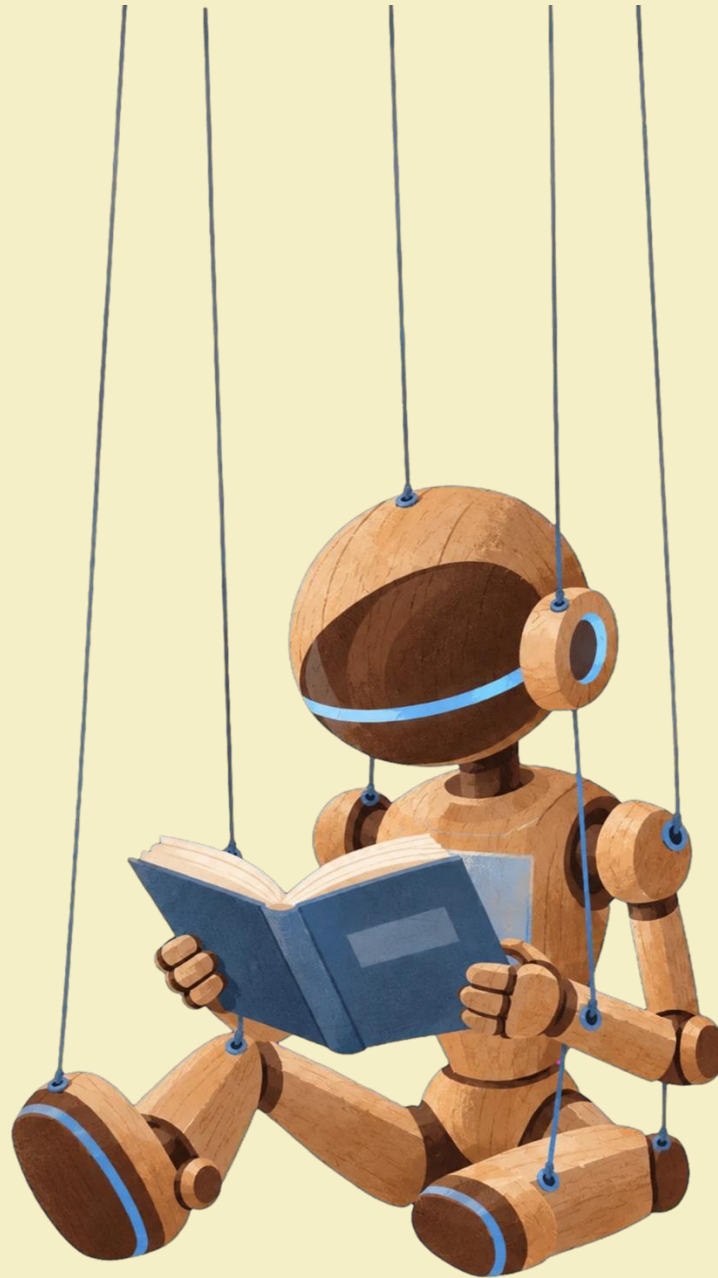


# REVISTA IA UAM-A

Vol 1, N°6, 12.ª Entrega, Mayo-Agosto 2026

Laboratorio de IA del departamento de Administración



## Algoritmos de la imaginación XII

---

*REVISTA DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL UAM AZCAPOTZALCO*

---

**Dr. Óscar Lozano Carrillo**

Coordinador de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

**Dr. Alfredo Garibay Suárez**

Asesor Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

**Ing. Cristian Arturo Plaza Cuadras**

Editor de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

**Ing. Zemelli Anahí Rivera Madrid**

Asistente Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

**Grecia Josafat Jarillo Olague**

Asistente Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

**Victor Daniel Santos Hortelano**

Coordinador digital de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

**Lic. Cinthia Noemi Zacatenco Arellano**

Coordinadora de contenido de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

**Edición número 6**

Algoritmos de la imaginación. Volumen 1, Número 6, 12.ª. Entrega, año 2026, es una publicación electrónica editada por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, ubicada en Av. San Pablo Xalpa 420, Col. Nueva El Rosario, Alcaldía Azcapotzalco, Ciudad de México, CP 02128. Editor Responsable: Ing. Cristian Arturo Plaza Cuadras. Reservas de Derecho al Uso Exclusivo. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor o de la Universidad Autónoma Metropolitana. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la UAM Azcapotzalco.

## NOTA EDITORIAL

Es verdad que ahora la inteligencia artificial nos ayuda en cualquier tarea, su desarrollo va a una velocidad que ya nadie puede seguir y su impacto social tiene implicaciones que seguramente aun nadie puede sospechar. Una de las más importantes y severas afectaciones que se están generando con el uso de la IA tiene que ver con la adicción que está generando en nuestra niñez y juventud, por no mencionar a la población en general que hemos sido atrapados por el algoritmo sin que la mayoría se percaten de esto y si bien los beneficios de la IA para el ser humano pueden ser muchos, al final parece ser que se está convirtiendo en un problema de salud pública, en cuanto a la adicción que causa. El presente número de la revista podría parecer un compendio de cuentos hechos con IA con muy interesantes entregas, sin embargo no es así, o no solamente es así, este número y sus 12 entregas, constituye un ejemplo de los textos maravillosos que la IA puede generar, pero sobre todo, constituye un laboratorio para reconocer productos y comportamientos que la IA genera como por ejemplo, la rapidez con que la IA trabaja; generamos una convocatoria para que estudiantes e integrantes del Club IA de cine y literatura de la UAMA mandara una aportación y llegaron más de 130 trabajos en un tiempo récord, también los cuentos fueron referenciados a temáticas diversas como el amor romántico, la ciencia ficción o realismo ya en algunos casos, terror, suspenso, entre otros; vimos a su vez un fenómeno interesantísimo, en el grupo del Club hay más de 500 personas y si bien más de 130 participaron en esta convocatoria, podríamos asegurar que nadie o una gran mayoría lee los cuentos, incluso el que escribieron, mostrando uno de los fenómenos epistemológicos más preocupantes que la IA ha generado: generar un conocimiento vacío, de tal manera que este Número de la revista con sus 12 entregas presenta a ustedes más de 130 cuentos que poca gente o nadie leerá, para con ello continuar con las investigaciones sobre la IA que el Laboratorio de IA del Departamento de la UAM genera en aras de comprender mejor el fenómeno y ofrecer algunas alternativas que atiendan las problemáticas del nuevo paradigma civilizatorio que la IA está generando.

P.D. Tengo que mencionar que este comentario editorial fue hecho sin usar la IA

—OSCAR LOZANO CARRILLO

## CARTA DEL EDITOR

La inteligencia artificial ha abierto nuevas posibilidades para la escritura, la imaginación y la creación literaria. Lejos de sustituir la voz humana, estas herramientas permiten explorar formas distintas de narrar, ordenar ideas, construir mundos posibles y transformar inquietudes personales en relatos capaces de dialogar con las emociones, los miedos, los sueños y las preguntas de nuestro tiempo.

El presente número, titulado Algoritmos de la imaginación, reúne una selección de cuentos elaborados con apoyo de inteligencia artificial, en los que la creatividad de sus autoras y autores se combina con las posibilidades expresivas de los modelos generativos. Esta colaboración entre sensibilidad humana y tecnología da lugar a historias de misterio, ciencia ficción, fantasía, drama, romance y reflexión personal.

La obra se publicará en 12 entregas, cada una integrada con alrededor de 11 cuentos, con el propósito de presentar de manera ordenada y accesible la diversidad de propuestas narrativas que conforman este proyecto. Cada entrega permitirá al lector acercarse a un conjunto de relatos que, aunque distintos en temática y estilo, comparten un mismo punto de partida: la escritura como espacio de experimentación, aprendizaje y creación asistida por IA.

En esta entrega se presenta el décimo segundo bloque del número 6, con 11 cuentos. Estos relatos invitan a recorrer estaciones donde el tiempo se detiene, archivos misteriosos, recuerdos que se desvanecen, bibliotecas imposibles, llamadas decisivas, exámenes finales, mundos oníricos y universos donde la imaginación encuentra nuevas formas de expresarse.

A continuación, se presenta la sinopsis de los cuentos que integran esta entrega, con el fin de ofrecer al lector una guía inicial que le permita reconocer las temáticas, atmósferas y búsquedas narrativas de cada obra.

## 1. La estación donde el tiempo se detuvo

**Autora:** Marlene Atenea Grimaldo Ramírez

**Sinopsis:** Sofía pierde el último tren y encuentra la Estación Esperanza, donde el tiempo está detenido y los pasajeros esperan desde hace años. Cada uno carga un arrepentimiento o una decisión pendiente que no ha podido resolver. El jefe de estación le pregunta qué dejó pendiente y ella reconoce que ha vivido para complacer a otros. Al aceptar su miedo, el reloj avanza y llega un tren dorado que la lleva de vuelta. Despierta en la estación real con un boleto que le recuerda que vivir también es atreverse. Reflexiona sobre el valor de elegir el propio camino y sanar las heridas del pasado.

## 2. El eco de los recuerdos

**Autora:** Debanhi Abigail Pérez Palacios

**Sinopsis:** Elara, oficial de memoria en una estación espacial, detecta una anomalía en los recuerdos del colono Kael: una memoria de un mercado alienígena que no pertenece a la humanidad. Al acceder a ella, descubre que contiene un mensaje de advertencia: el planeta destino es una trampa para la humanidad. Kael, al despertar, le revela que es un fragmento de otra especie y que el "eclipse" activará una señal que consumirá las mentes de los colonos. Para detenerlo, Elara debe cruzar el umbral del recuerdo y desactivar la señal desde su origen. La historia explora la identidad, la memoria y el peligro de los sueños que ocultan trampas mortales.

## 3. El reloj de sol y los jazmines olvidados

**Autora:** María Fernanda Garfías Salas

**Sinopsis:** Elena, dueña de una tienda de antigüedades, recibe un reloj de sol dañado que perteneció a la abuela de Julián, quien pide restaurarlo. Durante las tardes de reparación, ambos comparten historias y descubren que comparten una visión pausada y profunda de la vida. Al terminar la restauración, colocan el reloj en el patio trasero y plantan jazmines, creando un espacio compartido. Su amor crece lentamente, hecho de silencios y cuidados cotidianos. Con el tiempo, comprenden que el amor verdadero no es perfecto, sino que se construye con paciencia y presencia. La historia celebra la belleza de las cosas que se restauran y el tiempo compartido como forma de amor.

## 4. El planeta que olvidó el sol

**Autor:** Alexis Yael Enciso Ríos

**Sinopsis:** Aiden, estudiante de astronomía, descubre un libro prohibido que revela que su planeta Nox alguna vez tuvo un Sol, oculto tras una "Gran Sombra" provocada por un experimento ancestral. La guardiana Lyra lo ayuda a escapar del Consejo Supremo, que mantiene el secreto. Juntos viajan al Horizonte Oscuro, donde Aiden activa un mecanismo que disipa la nube y restaura la luz solar. El planeta amanece por primera vez en milenios. La historia reflexiona sobre la verdad, el miedo al conocimiento y la responsabilidad de usar el poder con sabiduría.

## 5. Las estrellas nunca olvidan

**Autora:** Melissa Valeria López Iturbe

**Sinopsis:** Lía y Adrián, científicos en una expedición al planeta Nereida-7, descubren una esfera que contiene la tecnología de una civilización extinta. Lía resulta ser la única compatible con el sistema, que exige su fusión con la máquina para estabilizar el universo. A pesar de los intentos de Adrián por encontrar otra solución, Lía se sacrifica y se convierte en energía, desapareciendo físicamente. Años después, una nueva estrella aparece en el cielo, emitiendo la misma frecuencia que la esfera, y

Adrián escucha su voz en el comunicador. La historia celebra el amor que trasciende el tiempo y la materia, y la luz como memoria eterna de los vínculos verdaderos.

## 6. El archivo del tiempo

**Autora:** Mayra Parra Flores

**Sinopsis:** Sofía recibe una carta que la lleva a un archivo subterráneo donde un anciano le muestra que el tiempo guarda futuros posibles que nunca ocurrieron. Un grupo llamado Los Correctores ataca para eliminar todas las líneas temporales excepto una, y el anciano muere protegiéndola. Sofía escapa al año 2186, donde descubre que el anciano era su abuelo y que ella es clave para restaurar el Archivo. En una encrucijada, elige salvar el Archivo en lugar de regresar a su vida, y al hacerlo regresa a su época con un reloj de bolsillo como única prueba. La historia reflexiona sobre el poder de las decisiones y los caminos que no tomamos.

## 7. Las flores del andén

**Autora:** Máxima Alejandrina Ávila Argueta

**Sinopsis:** Mariana atiende un puesto de flores en la estación Pino Suárez, donde conoce a Emiliano, un violinista que toca cerca. Durante dos años construyen un amor hecho de gerberas y melodías, hasta que él recibe una beca en Viena y debe irse. Las cartas y llamadas se espacian, la madre de Mariana muere y la distancia los separa sin un adiós formal. Siete años después, él regresa a la estación y la encuentra con su propio local, "Gerbera". Ella le regala una flor y le pregunta si quiere esperar hasta que cierre. La historia celebra el amor que sobrevive al tiempo, la música como lenguaje y la espera como forma de reencuentro.

## 8. El hotel de las habitaciones repetidas

**Autor:** Jason Rivero León

**Sinopsis:** Elena investiga la desaparición de varios huéspedes en el Hotel Argenta, todos alojados en la misma habitación, la 213. Descubre que el hotel está construido sobre una grieta temporal que atrapa a las personas en bucles de repetición. La administración del hotel sabe que cada cierto tiempo el ciclo elige a un nuevo huésped para quedar atrapado. Elena rompe el ritual apagando las velas del círculo que sostiene la grieta, liberando a los atrapados. El hotel desaparece al amanecer, y Elena encuentra una placa con los nombres de los liberados. La historia reflexiona sobre el tiempo, el sacrificio y la posibilidad de romper ciclos de repetición.

## 9. La casa de las luces amarillas

**Autora:** Gabriela Castro Rodríguez

**Sinopsis:** Alma y Elías construyen una vida juntos en una pequeña casa que se ilumina al atardecer, llena de sueños y pequeños milagros. Con el tiempo, las responsabilidades, el cansancio y las promesas incumplidas van erosionando su relación. Las discusiones y los silencios reemplazan a las risas, hasta que Alma comprende que está sosteniendo algo que ya se rompió. Una noche, decide irse, y aunque el dolor la acompaña, poco a poco aprende a reencontrarse consigo misma. La historia reflexiona sobre el amor que se desgasta, la pérdida y la recuperación de la propia identidad.

## 10. El eco de la última página

**Autor:** Alejandro Contreras Blanco

**Sinopsis:** Elías hereda la mansión de su mentor Julian y encuentra un diario con una advertencia sobre un reloj que marca trece campanadas. Al escucharla, su sombra cobra vida propia y lo guía

hacia un retrato que oculta una caja fuerte con cartas y fotografías. Descubre que Julian no era su mentor, sino su antecesor, y que el reloj transfiere la identidad del guardián anterior al nuevo. Elías comienza a transformarse físicamente en Julian mientras la memoria de este lo invade. Al amanecer, recibe a un joven desconocido, repitiendo el ciclo. La historia explora la identidad, el tiempo circular y el peso de la herencia como condena.

## 11. La luz en la sala de proyecciones

**Autora:** Valeria Ramírez Hernández

**Sinopsis:** María y un club de cine encuentran una caja con un carrete y una carta en el viejo cine Lux. Al proyectarlo, descubren imágenes de Clara Soto, una actriz que escondió pruebas de corrupción en la película. La carta revela que el cine fue silenciado por poderosos intereses y que la cinta es la clave de la verdad. El club restaura el material y organiza una proyección pública que desata una investigación y reabre el caso. El Lux es renovado como espacio de memoria, y la lámpara de la sala se convierte en símbolo de la verdad que no se apaga. La historia reflexiona sobre el poder de la memoria colectiva y el cine como testigo de la historia.

## ÍNDICE

|                                                      |           |
|------------------------------------------------------|-----------|
| <b>LA ESTACIÓN DONDE EL TIEMPO SE DETUVO .....</b>   | <b>11</b> |
| —Marlene Atenea Grimaldo Ramírez .....               | 11        |
| <b>EL ECO DE LOS RECUERDOS .....</b>                 | <b>18</b> |
| —Debanhi Abigail Pérez Palacios .....                | 18        |
| <b>EL RELOJ DE SOL Y LOS JAZMINES OLVIDADOS.....</b> | <b>23</b> |
| —María Fernanda Garfías Salas .....                  | 23        |
| <b>EL PLANETA QUE OLVIDÓ EL SOL .....</b>            | <b>28</b> |
| —Alexis Yael Enciso Ríos .....                       | 28        |
| <b>LAS ESTRELLAS NUNCA OLVIDAN.....</b>              | <b>36</b> |
| —Melissa Valeria López Iturbe .....                  | 36        |
| <b>EL ARCHIVO DEL TIEMPO .....</b>                   | <b>41</b> |
| —Mayra Parra Flores.....                             | 41        |
| <b>LAS FLORES DEL ANDÉN.....</b>                     | <b>49</b> |
| —Máxima Alejandrina Ávila Argueta .....              | 49        |
| <b>EL HOTEL DE LAS HABITACIONES REPETIDAS .....</b>  | <b>58</b> |
| —Jason Rivero León .....                             | 58        |
| <b>LA CASA DE LAS LUCES AMARILLAS .....</b>          | <b>64</b> |
| —Gabriela Castro Rodríguez .....                     | 64        |
| <b>EL ECO DE LA ÚLTIMA PÁGINA.....</b>               | <b>74</b> |
| —Alejandro Contreras Blanco .....                    | 74        |
| <b>LA LUZ EN LA SALA DE PROYECCIONES .....</b>       | <b>77</b> |

|                                                                                                                                   |           |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------|
| —Valeria Ramírez Hernández .....                                                                                                  | 77        |
| <b>BONUS: ANÁLISIS DEL COMPENDIO DE CUENTOS CREADOS CON APOYO DE IA PARA<br/>INTEGRAR EL NÚMERO 6 DE LA REVISTA IA UAMA .....</b> | <b>80</b> |
| -Cristian Plaza .....                                                                                                             | 80        |

# La estación donde el tiempo se detuvo



Marlene Atenea  
Grimaldo Ramírez

---

## *La estación donde el tiempo se detuvo*

---

—Marlene Atenea Grimaldo Ramírez

Género: Misterio / Fantasía

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT GPT-5.5)

“Dicen que existen estaciones que no aparecen en ningún mapa. Lugares donde el tiempo se detiene y las personas esperan un tren que solo llega cuando están listas para continuar su viaje.”

Aquella noche llovía con fuerza. Sofía caminaba apresuradamente por las calles casi vacías, abrazando su mochila contra el pecho mientras intentaba protegerse del agua. Había salido tarde de la universidad después de terminar un proyecto que le había tomado semanas. Estaba cansada, frustrada y solo quería llegar a casa.

Cuando llegó a la estación de tren, las puertas acababan de cerrarse.

—¡Espere! —gritó mientras corría.

El tren comenzó a avanzar lentamente hasta desaparecer en la oscuridad.

Sofía dejó escapar un suspiro.

—Genial... perdí el último.

Miró la hora en su teléfono: 11:58 p. m.

No había taxis cerca y la lluvia hacía imposible caminar durante mucho tiempo. Decidió buscar otra estación cercana.

Sacó su celular para abrir el mapa, pero la señal desapareció de repente. La pantalla quedó completamente en blanco.

Le pareció extraño.

Continuó caminando sin rumbo hasta que, al doblar una esquina, encontró un pequeño edificio iluminado por antiguos faroles de hierro. Sobre la entrada había un letrero desgastado que decía:

Estación Esperanza

Nunca había escuchado ese nombre.

Entró con curiosidad.

El lugar era silencioso. Había bancas de madera, un viejo reloj colgado en la pared y un enorme andén completamente vacío.

Lo primero que llamó su atención fue el reloj.

Marcaba las 11:59.

Esperó unos minutos.

Las manecillas no se movieron.

Pensó que estaba descompuesto.

Sin embargo, al mirar nuevamente su celular descubrió que también seguía marcando las 11:59.

Sintió un escalofrío.

Entonces escuchó una voz.

—Es inútil seguir mirándolo.

Sofía volteó sorprendida.

Sentado en una banca había un joven vestido con uniforme militar.

—¿Disculpa?

—El reloj nunca avanza.

—¿Está roto?

Él sonrió con tristeza.

—No. El tiempo es el que dejó de avanzar.

Antes de que Sofía pudiera responder, una niña apareció corriendo entre las bancas.

—¿Ya llegó el tren? —preguntó emocionada.

El soldado negó con la cabeza.

—Todavía no, Emma.

La niña suspiró y volvió a sentarse abrazando un viejo oso de peluche.

Poco después apareció un anciano afinando un violín.

Más tarde llegó una mujer elegante con un vestido antiguo que parecía sacado de otra época.

Todos actuaban con una tranquilidad inquietante.

Como si llevaran esperando toda la vida.

Finalmente, una puerta de madera se abrió lentamente.

Un hombre alto, de cabello completamente blanco y uniforme azul marino salió con paso tranquilo.

Llevaba un reloj de bolsillo colgado del chaleco.

—Buenas noches —dijo con una sonrisa amable—. Soy el jefe de estación.

Sofía respiró aliviada.

—¡Qué bueno! ¿Sabe cuándo pasa el siguiente tren?

El hombre guardó silencio unos segundos.

—Cuando llegue su momento.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo que cuando llegue mi momento?

El jefe de estación observó el gran reloj.

—Esta estación no pertenece a ningún lugar... ni a ningún tiempo.

Sofía soltó una pequeña risa.

—¿Es una broma?

Nadie respondió.

Entonces el anciano levantó la vista.

—Yo también pensé que era una broma. Hace treinta años.

Sofía sintió un nudo en la garganta.

El jefe de estación comenzó a caminar lentamente por el andén.

—Todos los que llegan aquí tienen algo pendiente. Un miedo. Una decisión. Un recuerdo del que no pueden desprenderse. El tren solo aparece cuando el corazón está listo para continuar.

El silencio llenó la estación.

Sofía observó a cada uno de los pasajeros.

El soldado miraba constantemente una fotografía arrugada.

La niña seguía abrazando su oso.

El músico acariciaba las cuerdas de su violín sin tocar una sola nota.

La mujer permanecía contemplando la oscuridad.

Aquella noche ninguno dormía.

Solo esperaban.

Con el paso de lo que parecían horas —aunque el reloj continuaba detenido— Sofía comenzó a conversar con ellos.

Tomás, el soldado, confesó que nunca pudo despedirse de su hermano antes de partir a la guerra.

Emma esperaba a su mamá, convencida de que volvería por ella.

Don Ernesto había dedicado toda su vida al trabajo y nunca tuvo el valor de decirle a su hija cuánto la quería.

Aurora, la mujer elegante, había pasado tantos años preocupándose por el futuro que olvidó disfrutar el presente.

Cada historia era diferente.

Pero todas tenían algo en común.

Ninguno había logrado seguir adelante.

Cuando llegó el amanecer —o al menos eso parecía por la tenue luz que entraba por las ventanas— el jefe de estación se acercó a Sofía.

—¿Y tú?

Ella guardó silencio.

—¿Qué dejaste pendiente?

Por primera vez en mucho tiempo, Sofía sintió que alguien realmente quería escuchar la respuesta.

Bajó la mirada.

—Creo que... me olvidé de vivir.

Recordó todos los sueños que había dejado atrás por miedo a equivocarse.

Siempre buscaba cumplir las expectativas de los demás.

Estudiaba lo que otros esperaban.

Tomaba decisiones para no decepcionar a nadie.

Había aprendido a complacer a todos...

Menos a sí misma.

Las lágrimas comenzaron a caer lentamente.

—Tengo miedo de elegir mi propio camino.

El jefe de estación sonrió.

—El miedo nunca desaparece por completo. Solo deja de gobernarnos cuando decidimos avanzar.

En ese instante ocurrió algo extraordinario.

Por primera vez, el viejo reloj hizo un sonido.

Tac.

Las manecillas comenzaron a moverse.

12:00.

Un fuerte silbido rompió el silencio.

A lo lejos apareció un tren envuelto en una ligera neblina dorada.

Las puertas se abrieron lentamente.

Uno a uno, los pasajeros comenzaron a subir.

Emma sonreía mientras sostenía con fuerza su oso de peluche.

Tomás guardó la fotografía dentro de su bolsillo y respiró tranquilo.

Don Ernesto interpretó una última melodía con su violín antes de abordar.

Aurora cerró los ojos y dejó escapar una sonrisa que parecía quitarle años de encima.

Cuando llegó el turno de Sofía, el jefe de estación le entregó un pequeño boleto color dorado.

—No olvides lo que descubriste aquí.

Ella subió al tren.

Las puertas se cerraron.

Todo desapareció.

...

Sofía abrió los ojos sobresaltada.

Estaba sentada en una banca de la estación donde había perdido el último tren.

La lluvia había cesado.

Miró su teléfono.

12:03 a. m.

Solo habían pasado unos minutos.

Confundida, pensó que todo había sido un sueño.

Sonrió para sí misma y tomó su mochila.

Entonces sintió algo dentro del bolsillo de su abrigo.

Era un viejo boleto dorado.

En él solo había una frase escrita con una elegante caligrafía:

“Gracias por recordar que vivir también es atreverse.”

Sofía levantó la vista.

A lo lejos, un tren hizo sonar su silbato mientras desaparecía entre la niebla.

Desde aquella noche nunca volvió a tener miedo de elegir su propio camino.

Y cuentan que, cuando alguien pierde el último tren y siente que su vida ha quedado detenida, puede encontrar una pequeña estación iluminada por faroles antiguos.

Una estación que no aparece en los mapas.

Una estación donde el tiempo espera pacientemente a que cada viajero reúna el valor suficiente para volver a avanzar.

# El eco de los recuerdos



Debanhi Abigail  
Pérez  
Palacios

---

## *El eco de los recuerdos*

---

—Debanhi Abigail Pérez Palacios

Género: Ciencia Ficción / Misterio

Realizado con asistencia de IA (Modelo: DeepSeek)

El silencio en la Estación Orbital Aethelred era absoluto, un vacío solo roto por el zumbido constante y profundo de los generadores de gravedad artificial. Para Elara Vance, ese zumbido era el latido del corazón de la nave, y era el sonido más familiar de su vida. Había vivido allí durante tres años, tiempo suficiente para que los pasillos de metal pulido y los paneles de luz tenue se convirtieran en su único hogar. Su trabajo, como oficial de registro de memoria, era a la vez un privilegio y una maldición: acceder a los recuerdos de los colonos congelados en criosueño para verificar la integridad de sus datos antes de su despertar para la colonización de Próxima Centauri b.

Esa mañana, su monitor parpadeó con una alerta que nunca había visto antes. El código, un críptico "Error Sigma-9", señalaba una anomalía en la memoria de la Cápsula 734. Elara frunció el ceño. Sigma-9 implicaba una incongruencia fundamental, una fractura en la línea temporal de los recuerdos grabados. Era como encontrar un capítulo de un libro escrito en un idioma que no pertenecía al resto de la obra.

Se dirigió al ala de criogenia, una bóveda silenciosa donde hileras de cápsulas blancas se extendían como lápidas en un cementerio estelar. La cápsula 734 contenía a un hombre llamado Kael Thorne, un geólogo cuya misión era evaluar los depósitos minerales del nuevo mundo. Según su expediente, era un individuo meticuloso y de rutina, el candidato perfecto para un viaje tan largo.

Elara conectó su interfaz neural al puerto de la cápsula. El mundo a su alrededor se desvaneció, reemplazado por un torrente de imágenes, sonidos y emociones. Vio el rostro sonriente de su madre, el aroma del pan recién horneado en su infancia, la primera vez que vio la Tierra desde el espacio... todo era coherente, cálido y humano. Pero entonces, como una rasgadura en un lienzo perfecto, apareció la anomalía.

De repente, Kael estaba de pie en un mercado, pero no era un mercado de la Tierra. Los puestos eran estructuras de cristal vibrante que flotaban sobre un suelo de luz líquida. Criaturas de formas geométricas y colores imposibles comerciaban con esferas de energía. El recuerdo era tan vívido, tan tangible, que Elara sintió el frío metálico de un objeto extraño en su propia mano. No era un sueño. Era un recuerdo grabado con la misma nitidez que el rostro de su madre. Pero no podía ser humano. Era un lugar que ninguna sonda terrestre había explorado jamás.

Elara se desconectó bruscamente, jadeando. Su corazón latía con fuerza. La imagen del mercado alienígena se le había grabado en la retina. ¿Qué significaba eso? ¿Un fallo en el sistema de grabación? ¿Un recuerdo implantado por error de otra persona?

Pero Sigma-9 indicaba que el recuerdo no era un añadido, sino una parte fundamental de la identidad de Kael, tejida en el núcleo de su ser.

Decidió no informar del incidente de inmediato. Había algo en ese recuerdo, un eco de asombro y también de miedo, que la atraía. Pasó los siguientes días investigando en secreto los registros de Kael antes de su criosueño. No encontró nada. Su vida era un libro abierto y perfectamente normal. Odiaba las alturas, amaba el jazz de los años 40 y había roto con su prometida un mes antes del lanzamiento. No había nada que sugiriera un viaje interestelar a un mundo de fantasía.

La segunda vez que accedió al recuerdo, fue más allá. La criatura geométrica le habló. No con palabras, sino con una sensación directa de intención, de un propósito. Le ofrecía un objeto: un pequeño prisma que emitía una luz púrpura. Kael lo tomó. Elara sintió en sus propias manos el peso del prisma, una vibración que no era fría ni caliente, sino una sensación de conocimiento. En ese instante, supo que el recuerdo no era un simple viaje. Era un mensaje. Una advertencia.

La imagen cambió. El mercado se incendiaba, no con llamas, sino con una luz blanca y cegadora. Las criaturas geométricas huían, sus formas se distorsionaban y se desvanecían. Y Kael, o la versión de Kael en ese recuerdo, gritaba, no de dolor, sino de una desesperación profunda y primal.

—¡El eclipse! —gritó en un idioma que Elara no entendía, pero cuyo significado le fue transmitido directamente a su conciencia—. ¡El eclipse de los mundos! ¡No deben despertar!

Elara se desconectó con un sobresalto, esta vez sintiendo un dolor agudo en las sienes. "El eclipse de los mundos". ¿Una metáfora? ¿Una profecía? ¿Y qué significaba "No deben despertar"? Se levantó y comenzó a pasear por su reducida cabina, la mente girando como un torbellino. Miró por la ventana. Allí, a unos pocos meses de viaje, estaba Próxima Centauri b, un punto azul pálido y prometedor. El sueño de la humanidad.

La paranoia comenzó a instalarse en ella. ¿Y si el recuerdo no era una anomalía, sino un borrón intencionado? ¿Y si Kael, o el "Kael" del recuerdo, era un explorador de otro mundo que había sido capturado y su memoria, o parte de ella, había sido insertada en este cuerpo? La idea era descabellada, pero la lógica de los datos la respaldaba. Su instinto, forjado en años de análisis de patrones, le decía que aquello era una clave.

Sintió que no podía confiar en nadie. La directiva de la estación probablemente borraría el recuerdo y la silenciarían a ella. Decidió hacer lo único que podía: enfrentar a Kael. Era una locura. Despertar a un colono antes de tiempo podría condenarlo a un daño cerebral irreversible, pero necesitaba respuestas. Si el recuerdo era un mensaje, Kael, en su estado consciente, podría tener la clave para interpretarlo.

Fue al ala de criogenia en el turno de noche, cuando la estación estaba sumida en el silencio más profundo. Con manos temblorosas, anuló los protocolos de seguridad e inició la secuencia de despertar de la Cápsula 734. El proceso fue lento, angustioso.

Los monitores mostraban las constantes vitales de Kael estabilizándose. Finalmente, la tapa de la cápsula se abrió con un silbido neumático.

Kael Thorne parpadeó, confundido. Su mirada encontró la de Elara, y en sus ojos no vio el asombro de un hombre que despierta de un largo sueño, sino un destello de reconocimiento, un conocimiento antiguo y profundo que la hizo estremecer.

—Elara Vance —dijo su voz, ronca pero firme, como si ya supiera su nombre—. Has visto el mensaje. Has visto el mercado.

No era una pregunta. Era una confirmación.

Elara dio un paso atrás, su instinto de lucha o huida activándose.

—¿Quién eres realmente? —preguntó, su voz temblorosa a pesar de su esfuerzo por controlarla.

Kael se incorporó lentamente, con la torpeza de quien ha estado inmóvil durante años, pero con una determinación en sus gestos.

—Soy un eco. Un fragmento. Mi nombre verdadero no puede ser pronunciado por tu lengua. La humanidad está siendo guiada hacia una trampa. El mundo que ven, Próxima b, no es un nuevo hogar. Es un jardín de la muerte. Una prisión para sus mentes.

—¿Qué quieres decir? —insistió Elara, mientras su mente se negaba a aceptarlo pero su corazón ya lo creía—. ¿El eclipse? ¿Los mundos?

Kael levantó una mano y, con un gesto que no era humano, la luz de la cabina parpadeó.

—El eclipse no es un evento astronómico. Es el despertar masivo. Cuando los primeros colonos toquen la superficie y sus mentes se abran por completo al nuevo entorno, una señal se activará. Una señal que ha estado esperando por milenios.

Su mirada se fijó en la ventana, en el punto azul.

—La humanidad no ha llegado aquí por casualidad. Fue invitada. Pero no para colonizar. Para alimentar. El "mercado" que viste no es un recuerdo mío. Es un aviso de lo que sucede a las especies que caen en la trampa.

Elara sintió el frío del vacío espacial colarse en sus huesos.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Cómo detenemos esto?

—Tú tienes el prisma —dijo Kael, señalando la interfaz que Elara aún llevaba en su muñeca—. En mi recuerdo, tú lo tomaste. Ese acto, registrado en tu propia memoria ahora, te ha vinculado a la señal. Eres la única que puede desactivarla, pero solo si regresas al origen de mi verdadero recuerdo. Debes encontrar la puerta.

Elara miró su muñeca, donde la interfaz parpadeaba débilmente. No recordaba haber tomado ningún prisma, pero las imágenes del recuerdo eran tan reales, el peso de

aquel objeto aún fantasma en su mano. La línea entre su identidad y la del extraño se había difuminado.

—¿Dónde está esa puerta? —preguntó, con la voz apagada por la gravedad de su nueva realidad.

Kael sonrió, una sonrisa triste y antigua.

—No está en el espacio, Elara. Está en el tiempo. Está en el momento exacto que viste. El momento antes del eclipse. Debes volver a entrar en mi recuerdo, pero esta vez, no como observadora. Como partícipe. Debes cruzar el umbral que yo no pude cruzar y detener la señal desde su origen.

Elara se quedó de pie, atrapada entre el deber con su especie y el terror de adentrarse en una realidad que desafiaba toda su comprensión. El zumbido de los generadores le sonó de repente como un latido de agonía. La estación, su hogar, se había convertido en una prisión flotante, y el hermoso mundo azul frente a ella, en el ataúd de la humanidad. No tenía elección. Si no actuaba, el "eclipse" llegaría, y con él, el silencio eterno para su especie.

Tomó aire, sus dedos rozaron la interfaz.

—Bien —susurró, más para sí misma que para él—. Enséñame la puerta.

Kael asintió, y su forma comenzó a brillar con un tenue resplandor púrpura, idéntico al del prisma del recuerdo. Elara cerró los ojos y se sumergió de nuevo en el eco de un recuerdo que ya no sabía si era suyo o ajeno, dispuesta a caminar hacia el abismo para, quizás, encontrar una salida.

# El reloj de sol y los jazmines olvidados



María Fernanda  
Garfias Salas

## I. La tienda de los silencios guardados

En el corazón más antiguo de la Ciudad de México, donde las calles se entrelazan como hilos antiguos y las casas de adobe guardan secretos de siglos, vivía Elena. Tenía veintisiete años y toda su vida había transcurrido entre las paredes de La Memoria, la tienda de antigüedades que su abuelo le había legado.

El local olía a madera vieja, a cera para muebles y a ese aroma suave y profundo que tienen las cosas que han sido amadas durante mucho tiempo. Los estantes llegaban hasta el techo, cargados de relojes cuyas manecillas se habían detenido hace décadas, cajas de música que ya no cantaban, libros con las páginas amarillentas y espejos que habían reflejado rostros que ya nadie recordaba.

Elena no buscaba grandes aventuras. Le gustaba el silencio de la mañana, la forma en que la luz del sol se filtraba por los cristales empañados y dibujaba manchas doradas sobre el suelo de madera. Creía que cada objeto tenía una historia, un latido escondido, y su misión era escucharlos. En el fondo de su corazón, pensaba que el amor era una de esas historias hermosas pero ajenas: algo que le pasaba a otros, que se leía en novelas o se veía en películas, pero que nunca cruzaría el umbral de su pequeña tienda.

—Las cosas quietas también tienen alma —solía decirle su abuelo—, solo necesitan que alguien se detenga a mirarlas.

Una tarde de finales de septiembre, el cielo se tiñó de un gris plomizo y una lluvia fina y persistente empezó a caer, golpeando rítmicamente contra los cristales. Elena estaba limpiando un viejo estuche de plata cuando la campanilla de la puerta sonó con un sonido agudo y alegre.

Entró un hombre joven, empapado hasta los huesos, con el cabello oscuro pegado a la frente y una caja de madera sostenida contra su pecho como si fuera el tesoro más frágil del mundo. Tenía ojos profundos, color tierra mojada, y una pequeña cicatriz en la barbilla que le daba un aire de quien ha aprendido a valorar lo que tiene. Se llamaba Julián.

Se quedó quieto un instante, sacudiendo suavemente su ropa, y preguntó con una voz que parecía salir de muy adentro:

—¿Tú arreglas cosas que se han roto por dentro?

Elena sintió un pequeño vuelco en el pecho.

—Intento devolverles el tiempo que perdieron —respondió con suavidad—. ¿Qué traes ahí?

## **II. La historia grabada en bronce**

Julián se acercó al mostrador y, con un cuidado infinito, abrió la caja. Dentro descansaba un reloj de sol de bronce, de tamaño pequeño, apenas más grande que una mano. Estaba oscurecido por el paso de los años, cubierto por una fina capa de óxido y polvo. Sus bordes estaban grabados con flores de jazmín, con sus pétalos entreabiertos y sus tallos entrelazados, y en el centro se leía una fecha grabada con letra fina: 18 de octubre de 1927. La aguja que proyectaba la sombra para marcar las horas estaba doblada, inclinada como si hubiera estado llorando mucho tiempo.

—Era de mi abuela —empezó a contar Julián, sentándose en el viejo taburete que Elena le ofreció—. Se llamaba Isabel. Cuando era niña, vivía en una casa pequeña con un jardín inmenso lleno de jazmines. Este reloj siempre estuvo allí, clavado en un muro de piedra. Ella me contaba que su padre se lo regaló cuando cumplió diez años, para que aprendiera a mirar el cielo, a entender que el tiempo no se apresura, que todo llega cuando tiene que llegar.

Hizo una pausa y miró el metal deslustrado con ojos llenos de ternura.

—Ella se fue hace poco. Vivió noventa y nueve años, y hasta el último día hablaba de ese jardín. Encontré esto en el fondo de su baúl, envuelto en uno de sus pañuelos. Quiero que vuelva a brillar. Quiero que vuelva a marcar las horas, como cuando ella era feliz.

Elena acarició suavemente el borde del reloj. Sintió la textura rugosa del bronce viejo y, en ese instante, comprendió que no estaba ante una simple reparación. Estaba sosteniendo un pedazo de vida, un pedazo de amor y de memoria.

—Lo haré —dijo ella con firmeza—. Pero llevará tiempo. Tendré que limpiarlo poco a poco, enderezar la aguja con paciencia, pulir cada grabado. Tendrás que venir cada tarde. No puedo hacerlo deprisa.

—No tengo prisa —respondió él, sonriendo por primera vez—. He esperado toda mi vida para conocer esta historia. Puedo esperar unos días más.

## **III. Las tardes que se convirtieron en historia**

Así comenzó su tiempo compartido. Cada tarde, cuando el sol empezaba a caer y teñía las calles de naranja y violeta, Julián cruzaba la puerta de La Memoria. A veces traía pan dulce recién horneado de la panadería de la esquina; otras veces, solo traía su presencia tranquila y su mirada atenta.

Mientras Elena trabajaba con delicadeza sobre el reloj, hablaban de todo lo que suele ser importante y no se dice en voz alta. Julián le contaba las canciones que su abuela cantaba mientras regaba las flores, cómo olía su ropa a lavanda y lluvia, cómo le enseñó que la bondad es la mayor fuerza que existe en el mundo.

Elena, a su vez, le hablaba de su abuelo, de cómo le enseñó a no tirar nunca nada que hubiera sido amado, de que cada rasguño en una superficie cuenta una historia, de que el silencio también tiene palabras. Descubrieron que ambos amaban la lluvia suave, que les gustaba ver salir el sol tras las tormentas, que odiaban las prisas y que creían firmemente que lo mejor de la vida se construye despacio.

No hablaban de amor, todavía. Pero el amor ya estaba allí, instalado en el aire de la tienda, en la forma en que sus miradas se buscaban y se encontraban, en los silencios que no pesaban, en la confianza que crecía como las raíces de un árbol.

Una tarde, mientras Elena pulía los últimos restos de óxido, descubrió que bajo la capa oscura el bronce brillaba con una luz cálida y dorada. Los jazmines grabados parecían haber florecido de nuevo bajo sus dedos.

—Mira —le dijo, señalando la aguja ya recta y firme—. Ya está lista para recibir la luz.

En ese momento, el sol se abrió paso entre las nubes y entró de lleno por la ventana. La sombra de la aguja cayó sobre la marca de las cuatro, precisa y clara. Julián la miró, luego miró a Elena, y supo que no venía a buscar solo un reloj arreglado. Venía a buscarla a ella.

La lluvia volvió a caer afuera, fuerte y generosa. Julián tomó la mano de Elena entre las suyas, con una ternura infinita, y ella no se apartó. Al contrario, sintió que su corazón, que había estado tranquilo y solitario durante tantos años, empezaba a latir con una fuerza nueva y alegre.

—Tengo miedo —susurró ella, confesando lo que guardaba en el alma—. Esto es tan bonito... tengo miedo de que un día se rompa, como tantas cosas que he visto aquí.

Julián acarició suavemente su mejilla con el dorso de los dedos.

—Elena, lo que está roto no deja de ser valioso. Mira este reloj: estuvo olvidado, doblado, oscurecido... y sin embargo, sigue siendo el mismo. El amor no es algo que nunca se rompe. Es algo que se cuida, que se pule, que se arregla con paciencia cada día. Es como este bronce: necesita manos cariñosas para volver a brillar.

Elena entendió entonces la verdad más grande. El amor no era un cuento perfecto sin grietas. Era saber ver la belleza en las imperfecciones, era compartir el tiempo sin prisa, era ofrecer la mano cuando el otro se siente frágil. Era, sencillamente, caminar juntos.

#### **IV. El jardín donde el tiempo se detiene**

Cuando terminó la última tarde, el reloj estaba completo, hermoso y radiante. Pero ninguno de los dos quería separarse de él, ni separarse el uno del otro.

—¿Dónde lo pondremos? —preguntó Julián.

Elena miró hacia el pequeño patio trasero de la tienda, un lugar olvidado donde solo crecían malas hierbas y piedras viejas.

—Aquí —dijo ella—. Isabel merece volver a verlo cada día. Y nosotros merecemos verlo juntos.

Juntos limpiaron el muro de piedra y colocaron el reloj de sol en el lugar más soleado. Y allí, bajo su sombra, Elena plantó los primeros jazmines, semillas que Julián trajo de un rincón olvidado de la casa de su abuela.

Pasaron los meses y las plantas crecieron fuertes y verdes. Cuando llegaron las lluvias y luego el sol brillante, las flores abrieron sus pétalos blancos, llenando el aire de un aroma dulce, intenso y lleno de recuerdos. Cada tarde, la sombra de la aguja recorría el bronce, marcando las horas sobre las flores, como si el tiempo mismo se detuviera para admirar tanta belleza.

Su amor nunca fue de grandes gestos ni promesas ruidosas. Fue un amor hecho de mañanas con café caliente, de risas compartidas sobre anécdotas viejas, de silencios tranquilos mientras arreglaban antigüedades, de manos que se buscaban en la oscuridad. Fue un amor paciente, leal y profundo, como el bronce del reloj.

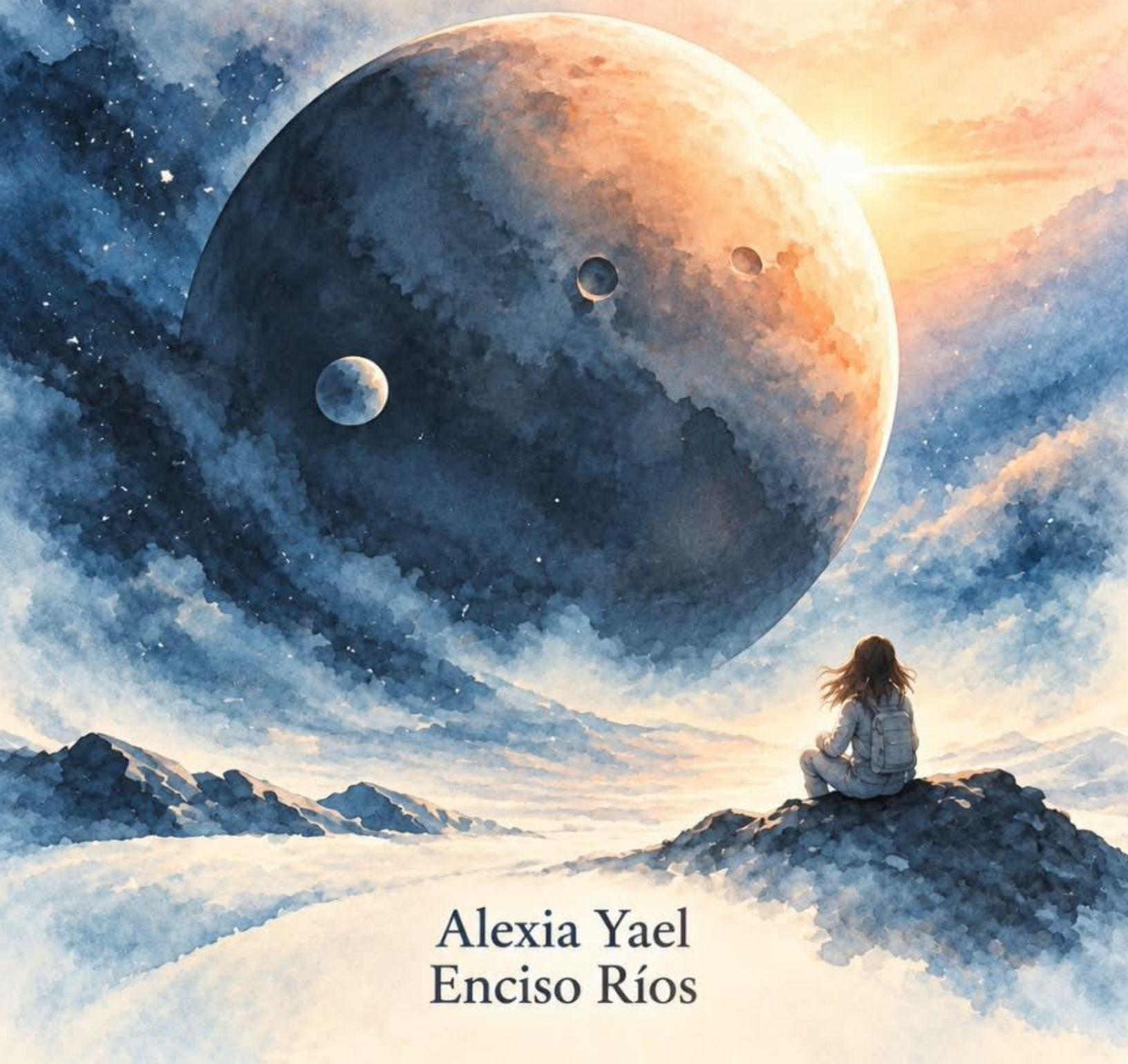
Años después, cuando los cabellos de ambos empezaron a mostrar hebras de plata y sus manos se llenaron de arrugas finas, seguían sentados en el patio, mirando cómo el sol se ocultaba tras los tejados. El reloj de sol seguía brillando, y los jazmines florecían cada año con la misma fuerza.

—¿Crees que Isabel nos ve? —preguntaba a veces Elena.

—Está aquí —respondía Julián señalando las flores y el bronce brillante—. Ella nos dio este reloj para que nos encontráramos. El amor verdadero, ¿ves?, no se acaba. Solo cambia de forma, y se queda en las cosas que cuidamos y en las personas que queremos.

Y así vivieron: sabiendo que no habían encontrado una historia perfecta, sino algo mucho mejor: una vida entera para construirse mutuamente, pulirse mutuamente y brillar juntos, bajo el mismo sol y rodeados de flores que nunca olvidaban su historia.

# El planeta que olvidó el sol



Alexia Yael  
Enciso Ríos

---

## *El planeta que olvidó el sol*

---

—Alexis Yael Enciso Ríos

Género: Ciencia ficción – Mundo alterno

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT GPT-5.5)

Nunca había existido un amanecer.

Desde que los primeros habitantes del planeta Nox podían recordar, el cielo siempre había sido del mismo color: una inmensa mezcla de azul oscuro y tonos plateados iluminados por una luna gigantesca llamada Lumen. Su brillo era suficiente para que crecieran los bosques, los mares reflejaran destellos cristalinos y las ciudades nunca quedaran completamente a oscuras. Para todos era algo normal. Nadie conocía otra forma de vivir.

Los niños aprendían desde pequeños que el universo había sido creado por Lumen y que aquella luna eterna era el origen de toda la vida. Los libros de historia repetían esa versión una y otra vez, mientras los maestros corregían a cualquiera que se atreviera a hacer preguntas diferentes. Hablar de una estrella capaz de iluminar el cielo era considerado un cuento para niños o una leyenda inventada por personas que no aceptaban la realidad.

Aiden, un estudiante de diecinueve años apasionado por la astronomía, nunca estuvo completamente convencido. Había algo que no lograba entender: si Lumen era el origen de toda la luz, ¿por qué algunas montañas proyectaban sombras que parecían provenir de un lugar distinto? ¿Y por qué ciertos minerales encontrados en las cuevas más antiguas mostraban señales de haber sido expuestos a una fuente de energía mucho más intensa que la luna?

Esas preguntas comenzaron a obsesionarlo.

Una noche, mientras ayudaba a ordenar el archivo subterráneo de la Universidad Central, encontró una puerta metálica cubierta de polvo. No aparecía en ningún plano del edificio y parecía no haber sido abierta durante siglos. Después de varios intentos, logró mover el pesado mecanismo y descendió por una escalera de piedra que conducía a una sala olvidada por el tiempo.

En el centro de la habitación descansaba un único libro, protegido por una urna de cristal. La portada estaba desgastada, pero aún podía leerse una palabra escrita con tinta dorada:

“Sol”.

Aiden sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo. Jamás había escuchado ese nombre. Sin saberlo, acababa de encontrar la primera prueba de un secreto que

llevaba miles de años enterrado... un secreto capaz de cambiar para siempre la historia de su mundo.

Aiden respiró hondo antes de abrir la urna de cristal. Esperaba que alguna alarma se activara o que la puerta se cerrara de golpe, pero no ocurrió nada. Todo permaneció en un silencio absoluto, como si aquella habitación hubiera estado esperando durante siglos a que alguien encontrara el libro.

Las primeras páginas estaban escritas en un idioma antiguo. Sin embargo, al avanzar unas cuantas hojas, el texto comenzó a transformarse lentamente hasta adoptar el lenguaje que él conocía. Era como si el propio libro pudiera comunicarse con quien lo leyera.

La primera frase lo dejó inmóvil.

“Hubo un tiempo en que el cielo era azul durante el día y negro durante la noche. La vida nacía gracias a una estrella llamada Sol.”

Aiden cerró el libro por un instante. Su corazón latía con fuerza. Aquellas palabras contradecían todo lo que había aprendido desde niño. Si eran ciertas, entonces la historia de Nox había sido alterada.

Continuó leyendo con desesperación. El libro narraba que, miles de años atrás, el planeta giraba alrededor de una enorme estrella que proporcionaba calor y luz. Los mares brillaban con un intenso color turquesa, las plantas crecían con mayor rapidez y el cielo cambiaba de color cada día. Pero un acontecimiento conocido como La Gran Sombra transformó el destino del mundo.

Según el manuscrito, una civilización muy avanzada descubrió una forma de aprovechar la energía del Sol para crear máquinas capaces de controlar el clima, producir alimentos ilimitados e incluso extender la vida humana. Sin embargo, la ambición provocó una catástrofe. Un experimento salió mal y una gigantesca nube de partículas oscuras envolvió la estrella, ocultándola casi por completo.

El planeta quedó sumido en una penumbra permanente.

Los sobrevivientes lograron adaptarse gracias a Lumen, una luna artificial construida para reflejar la poca luz que aún escapaba del Sol. Con el paso de los siglos, los gobernantes decidieron eliminar cualquier recuerdo de la antigua estrella. Pensaban que, si las nuevas generaciones conocían la verdad, intentarían repetir los mismos experimentos y destruirían definitivamente el planeta.

Aiden levantó la mirada lentamente.

—Entonces... el Sol nunca desapareció —susurró.

En ese momento escuchó unos pasos acercándose por el pasillo de piedra.

Alguien más sabía que aquella habitación existía.

Los pasos se detuvieron justo frente a la puerta de la sala. Aiden cerró el libro con rapidez y apagó la pequeña lámpara que llevaba consigo. El silencio volvió a dominar el lugar, hasta que una voz tranquila rompió la oscuridad.

—Sabía que algún día alguien encontraría ese libro.

Aiden dio un paso atrás. Frente a él apareció una mujer de cabello completamente blanco, aunque no parecía anciana. Vestía un largo abrigo gris con el emblema de la Universidad Central bordado en el pecho.

—¿Quién es usted? —preguntó Aiden, sin apartar la vista del libro.

—Mi nombre es Lyra. Soy la última guardiana del Archivo Prohibido.

Aiden sintió un nudo en la garganta.

—¿Entonces todo esto es real? ¿El Sol existió?

Lyra guardó silencio durante unos segundos antes de responder.

—No solo existió... sigue existiendo.

Aquellas palabras hicieron que Aiden sintiera un escalofrío.

—Pero eso es imposible. Nos enseñaron que Lumen es la fuente de toda la luz.

La mujer negó lentamente con la cabeza.

—Lumen nunca fue una luna natural. Fue creada por nuestros antepasados para reflejar la poca luz que aún logra atravesar la Gran Sombra. Sin ella, este planeta viviría en una oscuridad total.

Aiden observó nuevamente el libro. Cada respuesta parecía traer consigo una pregunta aún mayor.

—Si todo esto es cierto... ¿por qué ocultarlo durante tantos siglos?

Lyra caminó hacia una antigua pared cubierta por mapas del cielo. Con la mano retiró una capa de polvo y dejó al descubierto una imagen completamente diferente a cualquier otra que Aiden hubiera visto. En el centro aparecía un enorme círculo brillante rodeado por varios planetas.

—Porque la verdad puede ser más peligrosa que la mentira —respondió—. Hace mil años hubo personas que intentaron liberar al Sol de la Gran Sombra. Fracasaron... y millones murieron. Desde entonces, el Consejo Supremo decidió borrar toda evidencia de su existencia.

Aiden permaneció inmóvil.

Durante toda su vida había creído que vivía en un mundo donde la historia estaba escrita con hechos. Ahora comprendía que lo que había aprendido no era más que una versión cuidadosamente construida para mantener a toda la población en la ignorancia.

Antes de que pudiera hacer otra pregunta, una fuerte alarma comenzó a sonar en toda la universidad.

Una luz roja iluminó los pasillos subterráneos.

Lyra miró hacia la puerta con preocupación.

—Nos encontraron —dijo con voz firme—. El Consejo sabe que alguien ha descubierto el secreto del Sol.

La alarma resonaba por todos los pasillos de la universidad. Su sonido era grave y constante, como si el propio edificio advirtiera que algo había cambiado para siempre.

—Debemos irnos ahora mismo —dijo Lyra mientras guardaba el antiguo libro dentro de una mochila de cuero.

Aiden la siguió sin hacer preguntas. Corrieron por un estrecho túnel que descendía aún más bajo el nivel de la universidad. Después de varios minutos llegaron a una enorme puerta metálica cubierta por símbolos desconocidos.

Lyra colocó la palma de su mano sobre un pequeño panel. La puerta se abrió lentamente, dejando ver un inmenso salón lleno de maquinaria antigua. En el centro había una esfera transparente de varios metros de altura que proyectaba un mapa del sistema planetario.

Aiden quedó sin palabras.

En la proyección aparecía Nox orbitando alrededor de un gran astro brillante. No era un dibujo ni una teoría: era una simulación basada en datos reales.

—Este es el último observatorio construido antes de la Gran Sombra —explicó Lyra—. Aquí se conservan los registros originales de nuestra civilización.

La esfera comenzó a emitir imágenes del pasado. Aiden observó enormes ciudades iluminadas por una luz dorada, océanos de un azul intenso y personas caminando bajo un cielo completamente diferente al que él conocía. Por primera vez comprendió lo que significaba un amanecer.

Entonces apareció una grabación.

Un hombre con uniforme científico miró directamente hacia la cámara.

—Si alguien encuentra este mensaje, significa que hemos fallado. Intentamos controlar la energía del Sol para garantizar un futuro perfecto, pero nuestra ambición creó la Gran Sombra. Si el Consejo decide ocultar la verdad, recuerden esto: el Sol nunca dejó de existir. Solo espera ser liberado.

La grabación terminó y el salón quedó en silencio.

Aiden sintió una mezcla de tristeza y esperanza. Toda su vida había estado construida sobre una mentira, pero también acababa de descubrir que todavía existía la posibilidad de recuperar la luz perdida.

En ese momento, un fuerte golpe sacudió la puerta del observatorio.

—¡Abran en nombre del Consejo Supremo! —gritó una voz desde el otro lado.

Lyra respiró profundamente.

—Ha llegado el momento de decidir, Aiden. Puedes escapar y olvidar todo lo que has visto... o acompañarme para intentar devolverle el Sol a nuestro planeta, aunque eso signifique enfrentarnos al gobierno y poner nuestras vidas en peligro.

Aiden observó la imagen del Sol brillando en el centro de la esfera. Por primera vez entendió que el futuro de Nox dependía de la decisión que estaba a punto de tomar.

Aiden dio un paso al frente y miró fijamente a Lyra.

—No puedo volver a vivir como si no supiera la verdad. Si el Sol aún existe, merece volver a iluminar nuestro mundo.

Lyra sonrió por primera vez desde que se habían conocido.

—Esperaba esa respuesta.

La guardiana se acercó a una antigua consola y presionó varios símbolos. La esfera del observatorio cambió de color y mostró un nuevo mapa. En él aparecía una región prohibida del planeta, conocida únicamente como El Horizonte Oscuro, un lugar del que nadie regresaba.

—Ahí se encuentra el Núcleo de la Gran Sombra —explicó Lyra—. Si logramos desactivarlo, la luz del Sol volverá a atravesar el cielo de Nox.

En ese instante, la enorme puerta metálica cedió. Varios soldados del Consejo Supremo irrumpieron en el observatorio con armaduras negras y cascos que ocultaban sus rostros.

—¡Entréguese! —ordenó el comandante—. Están acusados de traición contra la historia de Nox.

Sin esperar respuesta, Lyra activó un mecanismo oculto. El piso comenzó a vibrar y una plataforma circular ascendió desde el suelo. Sobre ella descansaba una pequeña nave plateada, cubierta de polvo por el paso de los siglos.

—Es el último vehículo construido antes de la Gran Sombra —dijo mientras subía a la cabina—. Aún puede volar.

Aiden ocupó el asiento del copiloto justo cuando los soldados comenzaron a disparar. Los antiguos motores cobraron vida con un estruendo que hizo temblar todo el observatorio. La nave salió despedida por un túnel vertical y atravesó la superficie a toda velocidad.

Por primera vez, Aiden observó Nox desde las alturas.

Las ciudades brillaban bajo la tenue luz de Lumen, pero ahora sabía que aquella claridad era apenas una sombra de lo que el planeta había conocido miles de años atrás.

Mientras la nave se alejaba, el comandante del Consejo observó el cielo desde la entrada del observatorio.

—Han elegido el camino más peligroso —murmuró—. Si despiertan al Sol, también despertarán aquello que quedó atrapado dentro de la Gran Sombra.

Aiden escuchó esas palabras por la radio interceptada y sintió un escalofrío. Tal vez el verdadero enemigo no era el Consejo, sino el misterioso poder que había permanecido oculto durante siglos.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para regresar. El destino de Nox dependía de ellos, y el viaje hacia el Horizonte Oscuro acababa de comenzar.

Después de varias horas de viaje, la nave llegó al Horizonte Oscuro. Desde la distancia, Aiden observó una inmensa nube negra que cubría una parte del cielo. Parecía estar viva; se movía lentamente, como si respirara.

—Esa es la Gran Sombra —dijo Lyra con voz seria—. Durante siglos ha absorbido casi toda la luz del Sol.

La nave aterrizó sobre una antigua plataforma construida por la civilización que había existido antes del desastre. En el centro se alzaba una enorme torre de cristal. Aiden y Lyra caminaron hasta su interior, donde encontraron un mecanismo que aún seguía funcionando.

En la pantalla principal apareció el mismo científico que habían visto en el observatorio.

—Si estás viendo este mensaje, significa que has llegado hasta aquí. La Gran Sombra no es un ser vivo ni un castigo divino. Es una máquina creada por nosotros para contener una reacción fuera de control. Con el paso de los siglos perdió estabilidad y comenzó a bloquear la luz del Sol. Si decides apagarla, el planeta volverá a recibir la luz, pero recuerda esta lección: ningún descubrimiento vale la pena cuando se utiliza sin responsabilidad.

Aiden observó el panel de control. Frente a él había un único botón con la inscripción “Restaurar luz solar”.

Respiró profundamente y lo presionó.

Durante unos segundos no ocurrió nada. Después, la torre comenzó a emitir un intenso resplandor. La enorme nube negra empezó a desintegrarse lentamente hasta desaparecer por completo.

Entonces sucedió algo que ningún habitante de Nox había visto jamás.

Un rayo de luz dorada atravesó el cielo.

Poco a poco, la oscuridad dio paso a un inmenso amanecer. Los océanos brillaron con un azul intenso, los bosques recuperaron colores que nadie conocía y las ciudades quedaron iluminadas por una cálida luz que superaba el resplandor de Lumen.

En todos los rincones del planeta, las personas levantaron la vista con asombro. Algunos lloraban de emoción; otros simplemente contemplaban el cielo, incapaces de comprender lo que estaban presenciando.

Lyra sonrió.

—Ahora entiendes por qué nuestros antepasados llamaban a esto amanecer.

Aiden observó el Sol elevarse lentamente sobre el horizonte. Sabía que recuperar la verdad era solo el primer paso. A partir de ese día, la humanidad tendría la oportunidad de construir un futuro diferente, aprendiendo de los errores del pasado en lugar de ocultarlos.

Mientras la luz bañaba por primera vez al planeta Nox, Aiden comprendió que el conocimiento nunca debe ser escondido, sino utilizado con sabiduría. Solo así la historia dejaría de repetirse y el Sol volvería a ser un símbolo de esperanza para las generaciones futuras.

Fin.

# Las estrellas nunca olvidan



Melissa Valeria  
López Iturbe

---

## *Las estrellas nunca olvidan*

---

—Melissa Valeria López Iturbe

Género: Ciencia Ficción/Romance

IA utilizada: Chat GPT

En el año 2198, la humanidad había logrado lo que durante siglos pareció imposible: viajar entre las estrellas. Las guerras por los recursos quedaron atrás cuando se descubrió la energía de los cristales cuánticos, capaces de alimentar ciudades enteras y abrir portales hacia otros sistemas solares. Sin embargo, el mayor descubrimiento no fue una fuente de energía, sino una misteriosa señal proveniente de un planeta desconocido llamado Nereida-7.

Lía Navarro era una joven astrofísica reconocida por su brillante inteligencia. Había dedicado toda su vida al estudio de las anomalías espaciales y soñaba con encontrar vida inteligente. Nunca imaginó que ese sueño cambiaría su destino para siempre.

La expedición hacia Nereida-7 duró casi un año. La nave Aurora transportaba a los mejores científicos del planeta, entre ellos un ingeniero especializado en inteligencia artificial llamado Adrián Vega. Era reservado, de pocas palabras y siempre parecía esconder una tristeza que nadie comprendía.

Al principio, Lía y Adrián apenas cruzaban algunas frases durante las reuniones. Ella lo consideraba demasiado serio, mientras él pensaba que la curiosidad de Lía terminaría metiéndola en problemas. Sin embargo, las largas noches observando las estrellas desde el enorme ventanal de la nave comenzaron a acercarlos.

Hablaron de sus familias, de los sueños que dejaron en la Tierra y del miedo que ambos sentían al no saber si algún día regresarían. Poco a poco descubrieron que compartían la misma pasión por el universo y la misma necesidad de encontrar un propósito en medio de la inmensidad.

Cuando la nave llegó a Nereida-7, todos quedaron maravillados. El planeta estaba cubierto por océanos de color violeta y bosques de árboles cristalinos que brillaban con la luz de dos soles. Pero lo más sorprendente era una gigantesca estructura metálica que sobresalía del suelo como si fuera una torre construida por una civilización desaparecida hacía millones de años.

Mientras investigaban el lugar, Lía encontró una esfera transparente suspendida en el aire. Al tocarla, miles de símbolos luminosos aparecieron alrededor de ella. La esfera respondió a su presencia como si hubiera estado esperando durante siglos.

Adrián logró traducir parte del lenguaje utilizando una inteligencia artificial avanzada. El mensaje hablaba de una especie conocida como los Elyrianos, seres capaces de

manipular el tiempo mediante partículas gravitacionales. Sin embargo, también advertía que toda persona que activara la esfera quedaría unida para siempre a ella.

Nadie entendía realmente el significado de aquella advertencia.

Durante las siguientes semanas, Lía y Adrián trabajaron juntos descifrando los secretos de la antigua tecnología. Cada descubrimiento fortalecía el cariño entre ambos. Las conversaciones científicas se transformaron en risas, luego en abrazos y finalmente en un amor tan profundo que parecía imposible de romper.

Una noche, mientras observaban el cielo de Nereida-7 iluminado por millones de estrellas, Adrián tomó la mano de Lía.

—Si algún día el universo decide separarnos, prométeme que seguirás mirando las estrellas.

Ella sonrió.

—Solo si prometes buscarlas conmigo, donde sea que estemos.

Él respondió con un beso silencioso mientras un cometa atravesaba el firmamento.

Pero la felicidad duró poco.

La esfera comenzó a emitir una intensa energía. Los sistemas de la nave detectaron que el planeta entero estaba despertando. La estructura metálica era en realidad una máquina gigantesca diseñada para evitar el colapso del universo. Había permanecido inactiva durante millones de años esperando que alguien compatible la activara.

Ese alguien era Lía.

La inteligencia artificial tradujo el último fragmento del mensaje:

"Quien despierte el corazón del tiempo deberá convertirse en él. Su existencia será el precio del equilibrio del universo."

Los científicos comprendieron el terrible significado.

Para detener una cadena de explosiones gravitacionales que destruiría cientos de sistemas solares, Lía tendría que fusionarse con la máquina. Su cuerpo desaparecería para convertirse en parte de la energía que mantenía estable el espacio-tiempo.

No existía otra alternativa.

Adrián se negó a aceptarlo.

Trabajó durante días sin descansar buscando una solución. Reprogramó sistemas, calculó millones de posibilidades y hasta intentó destruir la esfera, pero cada intento hacía que el colapso avanzara con mayor rapidez.

Finalmente comprendió que la advertencia era inevitable.

La noche anterior a la activación, ambos caminaron por los bosques cristalinos de Nereida-7. No hablaron mucho. Ya no hacían falta palabras.

—¿Tienes miedo? —preguntó Adrián.

Lía asintió.

—Muchísimo. No de morir... sino de olvidarte.

Él sintió un nudo en la garganta.

—Eso nunca pasará.

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

—¿Y si mi conciencia desaparece?

Adrián señaló el cielo.

—Las estrellas que vemos esta noche seguirán brillando dentro de miles de años. Tal vez las personas cambien, los planetas desaparezcan y las civilizaciones se extingan... pero la luz encuentra la manera de seguir viajando. Si existe algo eterno, será lo que sentimos.

Al amanecer comenzó la activación.

La torre se iluminó con una intensidad imposible de mirar directamente. Rayos de energía rodearon a Lía mientras su cuerpo empezaba a transformarse en millones de partículas luminosas.

Ella extendió una mano hacia Adrián.

Él corrió intentando alcanzarla.

Por un instante sus dedos casi se tocaron.

Pero la luz los separó.

Una enorme onda de energía recorrió toda la galaxia.

Los sensores mostraron que el universo volvía a estabilizarse. Las explosiones gravitacionales desaparecieron.

El sacrificio había funcionado.

Cuando la luz se desvaneció, la torre quedó completamente inmóvil.

Lía ya no estaba.

Solo permanecía un pequeño cristal brillante flotando en el aire.

Adrián regresó solo a la Tierra.

Durante años rechazó reconocimientos y premios. Nadie comprendía por qué seguía mirando el cielo cada noche desde el observatorio donde ambos habían trabajado.

Muchos pensaban que nunca había superado aquella pérdida.

Tal vez tenían razón.

Una madrugada, casi veinte años después, los telescopios detectaron un extraño fenómeno. Una nueva estrella apareció donde antes no existía ninguna.

No pertenecía a ningún registro astronómico.

Brillaba con una intensidad única y emitía exactamente la misma frecuencia energética que la esfera de Nereida-7.

Adrián sonrió por primera vez en mucho tiempo.

Mientras observaba aquella luz, escuchó una voz suave en el comunicador del observatorio.

—Te prometí que seguiríamos mirando las estrellas juntos.

Era apenas un susurro, casi imposible de distinguir del ruido del universo.

Pero él reconocería esa voz entre millones.

Las lágrimas recorrieron su rostro mientras levantaba la vista hacia el cielo.

No podía abrazarla.

No podía verla.

No podía volver a estar a su lado.

Pero entendió que algunas historias de amor jamás terminan realmente. Simplemente cambian de forma.

Desde entonces, cada vez que una persona observaba aquella nueva estrella sin conocer su origen, recibía una inexplicable sensación de esperanza.

Quizá porque el universo nunca olvida los sacrificios hechos por amor.

Y porque, aunque dos corazones no puedan permanecer juntos, hay sentimientos capaces de sobrevivir incluso al paso del tiempo, convirtiéndose en luz para quienes aún siguen buscando un lugar entre las estrellas.

# El archivo del tiempo



Mayra Parra Flores

---

## *El archivo del tiempo*

---

—Mayra Parra Flores

Género: Misterio / Ciencia ficción

IA utilizada: ChatGPT

La lluvia caía con fuerza sobre la ciudad cuando Sofía recibió una carta que no tenía remitente. El sobre era de papel amarillento, como si hubiera permanecido escondido durante décadas. Lo extraño no era únicamente su aspecto antiguo, sino que llevaba escrito su nombre con una caligrafía perfecta, una letra que le resultaba inquietantemente familiar.

Al abrirla encontró una sola frase:

“Si quieres conocer la verdad sobre el tiempo, ven esta noche a la Biblioteca Central. Baja al archivo subterráneo exactamente a las once. No llegues tarde.”

Sofía era estudiante universitaria de Historia y siempre había sentido fascinación por los documentos antiguos. Aunque sabía que podía tratarse de una broma, la curiosidad terminó venciendo al miedo.

A las once en punto llegó a la biblioteca. El edificio estaba casi vacío. Solo el vigilante nocturno permanecía en la entrada, absorto leyendo un periódico. Ella caminó hasta el sótano, donde pocas personas tenían permitido entrar.

El archivo subterráneo era enorme. Miles de cajas y estantes se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El aire olía a libros viejos, humedad y madera envejecida.

Mientras avanzaba entre los pasillos, notó una pequeña puerta metálica que nunca había visto. Sobre ella había una placa cubierta de polvo que decía:

Archivo Temporal. Acceso restringido.

Antes de que pudiera tocar la puerta, esta se abrió lentamente.

Del otro lado apareció un anciano vestido con un elegante traje gris.

—Te estaba esperando, Sofía.

Ella retrocedió sorprendida.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre no importa. Lo importante es que has llegado justo cuando debía ocurrir.

El hombre la condujo hasta una habitación circular donde había cientos de relojes antiguos. Ninguno marcaba la misma hora.

En el centro se encontraba una enorme máquina formada por engranes, tubos de cristal y esferas metálicas que giraban lentamente.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Sofía.

El anciano sonrió.

—Este lugar guarda los recuerdos del tiempo.

Ella frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido.

—El tiempo no solo guarda acontecimientos. También conserva decisiones, posibilidades y futuros que nunca ocurrieron.

Sofía creyó que estaba frente a un hombre delirante, hasta que él colocó una pequeña llave de bronce dentro de la máquina.

De inmediato, las paredes comenzaron a proyectar imágenes.

Primero apareció un niño jugando en un parque.

Después una mujer despidiéndose de alguien en una estación de tren.

Luego un incendio.

Una boda.

Una guerra.

Millones de escenas diferentes pasaban una tras otra como si toda la historia de la humanidad estuviera almacenada allí.

—¿Cómo es posible? —preguntó Sofía con la voz temblorosa.

—Cada decisión genera un camino distinto. Nosotros conservamos aquellos caminos que nunca existieron.

Ella permaneció en silencio.

Entonces apareció una imagen imposible.

Era ella misma.

Pero tenía aproximadamente cincuenta años.

Trabajaba en un enorme laboratorio rodeado de científicos.

En otra imagen aparecía como astronauta.

En otra más era escritora.

Incluso observó una versión de sí misma viviendo en un pequeño pueblo junto al mar.

—¿Qué significa esto?

—Son todas las vidas que pudiste haber tenido.

El anciano caminó lentamente hacia uno de los relojes.

—Las personas creen que solo existe un destino. No es verdad. Existen miles. Nosotros protegemos los caminos que desaparecieron.

Sofía sintió un escalofrío.

—¿Quiénes son ustedes?

—Los Guardianes del Archivo.

Antes de continuar, un fuerte sonido hizo vibrar toda la habitación.

Las luces comenzaron a parpadear.

Uno de los relojes cayó al suelo.

Después otro.

Y otro más.

El anciano perdió la sonrisa.

—Han logrado encontrarnos.

De las sombras surgieron tres personas vestidas completamente de negro.

No tenían expresión alguna.

Sus ojos parecían de vidrio.

—Entreguen el Archivo —dijo uno de ellos con voz mecánica.

—Nunca.

Los desconocidos levantaron unas extrañas armas que emitían una luz azul.

El anciano empujó a Sofía.

—¡Corre!

Ella salió por un pasillo mientras detrás escuchaba explosiones y el sonido de metales chocando.

Sin saber hacia dónde iba, encontró una enorme puerta con el símbolo de un reloj de arena.

La abrió.

Al otro lado había una ciudad completamente diferente.

Los edificios eran transparentes.

Los vehículos flotaban.

El cielo estaba atravesado por enormes anillos luminosos.

Sofía comprendió que había cruzado hacia otro tiempo.

Un joven vestido con ropa plateada se acercó rápidamente.

—Llegaste demasiado pronto.

—¿Dónde estoy?

—En el año 2186.

Ella sintió que las piernas dejaban de responderle.

—Eso es imposible.

—Para ti sí. Para nosotros no.

El muchacho la llevó hasta una plataforma desde donde podía observar toda la ciudad.

—Hace más de ciento cincuenta años el Archivo Temporal fue destruido.

—Pero... yo acabo de verlo.

—Porque vienes del pasado.

Sofía recordó al anciano.

—¿Está vivo?

El joven bajó la mirada.

—Murió protegiendo el Archivo.

Ella sintió un profundo vacío.

Entonces el muchacho sacó una pequeña fotografía.

Era el anciano.

Mucho más joven.

Sonreía junto a una niña.

—¿Quién es ella?

El joven respondió lentamente.

—Eres tú.

Sofía quedó paralizada.

—No puede ser...

—Él era tu abuelo.

Nunca llegó a conocerte porque sacrificó su vida antes de que nacieras.

Ella comenzó a llorar.

Toda su infancia había creído que su abuelo había desaparecido misteriosamente.

Nadie supo jamás dónde había estado.

Ahora entendía la verdad.

De pronto, las alarmas comenzaron a sonar nuevamente.

—Nos encontraron.

En enormes pantallas aparecieron las mismas personas vestidas de negro.

El joven explicó:

—Ellos pertenecen a una organización llamada Los Correctores. Creen que solo debe existir una única línea del tiempo. Eliminan cualquier posibilidad diferente.

—¿Y qué quieren de mí?

—Tú eres la última persona que conoce la ubicación original del Archivo.

Sin perder tiempo, ambos corrieron hacia una cápsula de transporte.

Mientras escapaban entre edificios flotantes, los Correctores los perseguían utilizando vehículos capaces de desplazarse por el aire.

La persecución atravesó puentes transparentes, túneles de energía y enormes jardines suspendidos en el cielo.

Finalmente llegaron a un observatorio abandonado.

En el centro había un extraño reloj construido completamente de cristal.

El joven colocó su mano sobre él.

El reloj comenzó a girar.

—Solo tú puedes reiniciar el Archivo.

—¿Cómo?

—Debes decidir.

Frente a Sofía aparecieron dos puertas.

La primera decía:

Salvar el Archivo.

La segunda:

Regresar a tu vida.

Si elegía regresar, olvidaría todo lo ocurrido.

Continuaría con una vida normal.

Pero el Archivo desaparecería para siempre.

Si decidía salvarlo, jamás volvería a su época.

Respiró profundamente.  
Pensó en su familia.  
En sus amigos.  
En los sueños que todavía quería cumplir.  
Luego recordó al anciano.  
Recordó todas aquellas vidas posibles que había observado.  
Cada decisión representaba esperanza.  
Cada camino era una oportunidad para que alguien cambiara su destino.  
Entonces dio un paso hacia la primera puerta.  
La luz inundó toda la habitación.  
El reloj explotó en miles de pequeños fragmentos luminosos que comenzaron a elevarse hacia el cielo.  
Los edificios del futuro desaparecieron lentamente.  
También los Correctores.  
El tiempo entero pareció detenerse durante unos segundos.  
Cuando Sofía abrió nuevamente los ojos, estaba otra vez en la Biblioteca Central.  
Todo permanecía en silencio.  
No había máquinas.  
No había puertas secretas.  
Solo estantes llenos de libros.  
Pensó que todo había sido un sueño.  
Sin embargo, sobre una mesa encontró un viejo reloj de bolsillo.  
Al abrirlo descubrió una fotografía.  
Era el anciano.  
En el reverso estaba escrita una última frase.  
“Gracias por demostrar que el futuro siempre pertenece a quienes se atreven a elegir.”  
Sofía guardó el reloj.  
Desde aquella noche jamás volvió a encontrar la puerta del Archivo Temporal.  
Años después se convirtió en una reconocida historiadora.

Escribió numerosos libros sobre los misterios del tiempo, las decisiones humanas y los caminos que nunca llegamos a recorrer.

Muchos lectores consideraban sus historias simples obras de ficción.

Otros afirmaban que escondían un mensaje mucho más profundo.

Ella nunca respondió.

Solo sonreía cada vez que observaba el antiguo reloj de bolsillo.

Porque sabía que, en algún lugar, entre los segundos invisibles que forman la historia del universo, seguía existiendo un Archivo donde se conservaban todos los futuros posibles.

Y comprendió que el mayor misterio del tiempo no era viajar hacia el pasado o el futuro.

El verdadero misterio era entender que cada decisión que tomamos abre una nueva historia, una historia que solo existe porque alguien tuvo el valor de elegir.

# Las flores del andén



Máxima Alejandrina Ávila Argueta

---

## *Las flores del andén*

---

—Máxima Alejandrina Ávila Argueta

Género: Drama / Amor

IA utilizada: Claude (Anthropic)

I

Mariana aprendió a distinguir a las personas por su manera de pasar frente a las flores. Los que iban tarde al trabajo ni siquiera volteaban; los enamorados nuevos se detenían con la cartera ya en la mano; los que cargaban una culpa compraban rosas rojas sin preguntar el precio. Desde los dieciséis años atendía el puesto de su abuela en el pasillo de la estación Pino Suárez, ese túnel largo donde el aire olía a metal, a pan dulce y, gracias a ellas dos, a nardo.

El puesto no tenía nombre. Tenía, en cambio, una lona verde desteñida, tres cubetas de gerberas, un radio que solo agarraba una estación y la certeza, heredada como se heredan los ojos o los apellidos, de que las flores eran un oficio serio. "La gente no compra flores, Mariana", decía la abuela Remedios mientras despuntaba los tallos con una navaja vieja. "La gente compra lo que no sabe decir."

El violinista apareció un martes de septiembre. Se instaló a unos diez metros del puesto, junto a la escalera que subía a la calle, abrió un estuche forrado de terciopelo azul y empezó a tocar sin pedir permiso, sin mirar a nadie, como si el pasillo entero fuera suyo. Mariana lo escuchó antes de verlo. Era una melodía triste que no conocía, y sin embargo sintió que la había estado esperando, del mismo modo en que uno espera una carta que nunca escribió.

Tocó tres horas. Cuando terminó, recogió las monedas del estuche, se colgó el violín a la espalda y pasó frente al puesto. Se detuvo. Miró las gerberas naranjas como quien mira un incendio

pequeño y bien portado.

—¿Cuánto por una? —preguntó.

—Doce pesos.

El muchacho contó sus monedas en la palma de la mano. Le faltaban tres pesos. Mariana lo supo por la manera en que apretó los labios, y antes de que él pudiera decir nada, envolvió la gerbera en papel periódico y se la extendió.

—Va por la música —dijo.

Él sonrió con una sonrisa torcida, de esas que parecen pedir disculpas por existir.

—Entonces mañana toco una para ti.

—Yo no pedí nada.

—Por eso mismo —dijo él, y subió las escaleras hacia la luz de la calle.

## II

Se llamaba Emiliano. Tenía veintitrés años, un violín que había sido de su padre y las uñas manchadas de resina. Estudiaba por las mañanas en el conservatorio y por las tardes bajaba al metro porque, decía, ahí la acústica era honesta: si lograbas que alguien se detuviera en ese pasillo, con el rugido de los trenes y la prisa de todos, entonces la música servía de algo.

Cumplió su promesa. Al día siguiente tocó una pieza mirando de reojo hacia el puesto, y Mariana fingió acomodar los claveles para que no se le notara la sonrisa. Al tercer día él llegó con dos cafés de olla comprados arriba, en el puesto de doña Chelo, y se sentó en una reja de plástico volteada, del lado de las cubetas, como si siempre hubiera habido un lugar reservado para él.

Así empezaron. Sin fecha exacta, sin declaración, como empiezan las cosas que van en serio. Él le enseñó a escuchar: le explicaba que el

vibrato era una forma de temblar a propósito, que los silencios también se escribían en las partituras, que había acordes que se llamaban suspendidos porque se quedaban esperando algo que a veces no llegaba. Ella le enseñó los nombres verdaderos de las flores: que el alcatraz se llamaba alcatraz aunque los libros dijeran cala, que los nardos se abrían de noche como la gente tímida, que las gerberas no tenían perfume y por eso había que quererlas por su pura cara.

—Como tú —le dijo él una vez.

—¿Yo no tengo perfume?

—Tú no necesitas nada más que tu pura cara.

Se besaron por primera vez un viernes de diciembre, cuando el pasillo estaba lleno de gente cargando piñatas y romeritos, y nadie, absolutamente nadie, se fijó en ellos. Mariana pensó que así debía ser el amor de verdad: algo que sucede en medio de la multitud sin pedirle nada, un puesto sin nombre en un túnel por donde pasa todo el mundo. Durante dos años fueron esa clase de felices que no sale en las fotos porque no hace falta. Él tocaba; ella vendía; los domingos iban a la Alameda a caminar despacio, que era el único lujo que podían pagarse completo. Emiliano hablaba de una orquesta, algún día, de tocar en teatros donde la gente guardara silencio a propósito. Mariana hablaba de ponerle nombre al puesto, algún día, de mandar a hacer un letrero de lámina con letras doradas. Los dos decían "algún día" con la tranquilidad de quien cree que los días son infinitos.

### III

La carta llegó en marzo. Emiliano bajó las escaleras corriendo, con el sobre arrugado de tanto apretarlo, y lo puso sobre las cubetas sin decir palabra. Era del conservatorio de Viena. Lo habían aceptado. Beca completa: colegiatura, hospedaje, un lugar en la orquesta de cámara de la escuela. Empezaba en septiembre.

Mariana leyó la carta dos veces, aunque no entendía todas las palabras, porque necesitaba tiempo para acomodarse la cara. Cuando levantó la vista ya estaba sonriendo, y la sonrisa era sincera, y eso fue lo más difícil de todo: que la alegría y el dolor le cupieran en el mismo gesto.

—Te vas —dijo.

—Nos vamos —dijo él.

Pero los dos sabían que no. La madre de Mariana llevaba un año enferma de los riñones, con diálisis tres veces por semana en el Hospital General, y la abuela Remedios ya no bajaba al puesto porque las escaleras se le habían vuelto una montaña. El puesto era el gasto de la casa, las medicinas, los camiones al hospital. Mariana no tenía pasaporte, no tenía inglés ni alemán, no tenía más que un túnel con olor a nardo y dos mujeres que dependían de sus manos.

Discutieron durante semanas, si es que puede llamarse discusión a dos personas que se quieren tratando de perder cada una para que gane la otra. Él dijo que no iría. Ella dijo que si no iba, se lo iba a reprochar toda la vida, y que un reproche de ese tamaño no cabía en un puesto de flores. Él dijo que había otras becas, otros años. Ella dijo la verdad:

—Si te quedas por mí, un día vas a tocar el violín con coraje. Y yo no quiero ser eso. Yo quiero ser otra cosa en tu vida.

La noche antes del vuelo no durmieron. Se quedaron sentados en la azotea del edificio de él, envueltos en una cobija de borrega, viendo los aviones pasar rumbo al aeropuerto. Emiliano sacó el violín y tocó bajito, para no despertar a los vecinos, la primera melodía, aquella del martes de septiembre. Mariana descubrió que ya se la sabía de memoria, nota por nota, silencio por silencio.

—¿Cómo se llama? —preguntó, por fin, después de dos años.

—No se llama. La escribí yo, el día antes de conocerte.

—¿Y por qué está tan triste, si todavía no me conocías?

Emiliano se quedó callado un rato largo.

—Creo que ya te estaba extrañando —dijo.

En el aeropuerto no lloraron. Se abrazaron con una fuerza casi grosera, y él le prometió cartas, llamadas, un regreso cada verano.

Ella le prometió que el puesto tendría nombre para cuando volviera.

Ninguno de los dos mintió. Simplemente prometieron por encima de lo que la vida les iba a permitir cumplir.

#### IV

Los primeros meses fueron de cartas largas y llamadas los domingos, con la tarjeta de veinte pesos que se acababa siempre a la mitad de una frase. Emiliano contaba de la nieve, de un maestro húngaro que lo hacía repetir el mismo compás cuarenta veces, de lo caro que era todo y de lo mucho que la extrañaba, en ese orden.

Mariana contaba del puesto, de que había subido el precio del follaje, de que su mamá seguía igual, que en el idioma de los hospitales quería decir que seguía mal.

Después las cartas se hicieron mensuales. No por falta de amor: por exceso de vida. Él ensayaba diez horas diarias y trabajaba de mesero los fines de semana. Ella salía de casa a las cinco de la mañana y volvía a las nueve de la noche, y hay cansancios desde los cuales escribir una carta es como levantar un piano. Los "te extraño" seguían siendo ciertos, pero llegaban tarde, como los trenes cuando llueve.

La madre de Mariana murió en febrero, un miércoles a las tres de la tarde. Mariana llamó a Emiliano esa noche y le contestó una grabadora en alemán. Le dejó el recado con la voz más entera que pudo. Él escuchó el mensaje dos días después, porque estaba de gira con la orquesta de la escuela en Praga, y cuando por fin logró comunicarse, el funeral ya había pasado y los boletos de avión

costaban lo que él ganaba en cuatro meses.

—Voy a ir —dijo él, con la voz rota—. Consigo el dinero y voy.

—¿Para qué? —dijo ella, y no lo dijo con crueldad, lo dijo con ese cansancio que es peor que la crueldad—. Ya la enterramos, Emiliano.

Ya pasó todo. Guarda tu dinero para tu violín.

Fue la primera vez que se hicieron daño, y lo hicieron como se hace el daño verdadero: sin querer, por teléfono, con seis mil kilómetros de por medio. Después de esa llamada hubo otras, cada vez más cortas, cada vez más llenas de esos silencios que él le había enseñado que también se escriben. Hasta que un día ya no hubo llamada, y ninguno de los dos supo decir cuál había sido la última, porque las historias de amor casi nunca terminan: se van quedando sin renglones.

Mariana no le puso nombre al puesto ese año. Ni el siguiente.

V

Pasaron siete años.

La estación Pino Suárez seguía oliendo a metal y a pan dulce, pero el pasillo había cambiado: ahora había locales formales con cortinas de acero, luz blanca de hospital y un letrero de lámina con letras doradas que decía, simplemente, "Gerbera. Florería". Adentro, entre refrigeradores de cristal y cubetas —porque Mariana nunca renunció a las cubetas—, una mujer de treinta y tres años envolvía un ramo de nube y le explicaba a su empleada, una muchacha de dieciséis, que la gente no compra flores, que la gente compra lo que no sabe decir.

Emiliano bajó las escaleras un martes de septiembre, casi por accidente. La orquesta con la que ahora tocaba —una de verdad, de las que salen en los programas de mano— estaba de gira por México, y él había salido a caminar entre ensayo y ensayo, y los pies lo llevaron solos, como llevan los pies a los lugares donde uno dejó algo. Se dijo

que solo quería ver el pasillo. Se dijo que seguramente el puesto ya no existía. Se dijo muchas cosas, y todas se le olvidaron cuando vio el letrero.

Gerbera.

Se quedó parado a diez metros, exactamente donde antes abría su estuche de terciopelo azul, y la vio trabajar. Estaba más delgada y más firme, con el pelo recogido y una navaja vieja en la mano, despuntando tallos con una precisión que él conocía de memoria. Pensó en irse. Lo pensó de verdad, durante un tren completo que llegó y se fue con su rugido de siempre. Pero había aprendido, en todos esos años de escenarios, que hay silencios que se escriben y silencios que son pura cobardía.

Caminó hasta el mostrador. Mariana levantó la vista con la frase de siempre a media boca —"¿qué va a llevar?"— y la frase se le cayó al suelo, entre las cubetas, y ahí se quedó.

Se miraron. Siete años son muchas cartas no escritas.

—¿Cuánto por una gerbera? —preguntó él, por fin, con la voz que se le pudo.

Mariana tragó saliva. Se limpió las manos en el mandil, despacio, dándose tiempo para acomodarse la cara, igual que aquella vez con la carta de Viena.

—Doce pesos —dijo—. Los precios de esta casa no suben para los músicos.

—Sigo sin traer cambio —dijo él, y la sonrisa torcida seguía ahí, más vieja, más ganada.

Ella escogió una gerbera naranja, la mejor de la cubeta, y la envolvió en papel periódico aunque tenía papel de china de colores, porque hay cosas que se envuelven en lo que se debe. Se la extendió por encima del mostrador y, cuando él la tomó, los dedos de ambos se tocaron apenas, un segundo, lo que dura una nota corta.

—Va por la música —dijo ella.

Emiliano miró la flor, miró el letrero dorado, la miró a ella. Había un anillo posible en cualquiera de esas manos, había una vida entera de preguntas, había todo lo que no se puede reclamar porque uno mismo compró el boleto de avión. No preguntó nada de eso. Preguntó lo único que importaba:

—¿A qué hora cierras?

Mariana se quedó quieta. Afuera, arriba, la ciudad seguía haciendo su ruido inmenso e indiferente. Un tren entró a la estación y el aire del túnel empujó el olor de los nardos, que se abren de noche, como la gente tímida.

—A las ocho —dijo.

Y volvió a sus tallos, con la navaja de la abuela Remedios firme en la mano, sin sonreír todavía, guardándose la sonrisa como se guarda lo que sí se sabe decir, pero se quiere decir después, con calma, cuando cierre el puesto y el pasillo se vaya quedando vacío y quede tiempo, por fin, de escuchar completa aquella melodía que no tenía nombre. Porque las historias de amor casi nunca terminan. A veces, si hay suerte, solo se quedan esperando, como esos acordes suspendidos, algo que todavía puede llegar.

FIN

# El hotel de las habitaciones repetidas



Jason Rivero León

—Jason Rivero León

Género: Misterio

IA utilizada: ChatGPT

La primera vez que Elena Vasconcelos vio el Hotel Argenta, pensó que la niebla lo había construido. Se alzaba al final de un camino de grava que subía entre pinos torcidos, en un punto de la cordillera donde los mapas oficiales marcaban solamente una mancha verde sin nombre. Habían pasado tres semanas desde que el último huésped, un ingeniero llamado Domingo Palafox, desapareciera sin dejar rastro, y Elena, que trabajaba como reportera para un diario de provincia cada vez más desesperado por historias que vendieran, había convencido a su editor de que aquello merecía una nota. Lo que no le dijo fue que la desaparición de Palafox era la cuarta en cinco años, y que las tres anteriores compartían un detalle que la prensa local había pasado por alto: todos habían dormido en la misma habitación, la 213. El hotel era una construcción de piedra oscura de tres plantas, con balcones de hierro forjado oxidados por la humedad de la montaña y ventanas altas y estrechas que parecían ojos entornados. Un letrero de madera, descolorido por décadas de lluvia, anunciaba en letras casi ilegibles: HOTEL ARGENTA — FUNDADO EN 1911. Elena estacionó su automóvil frente a la entrada y, antes de bajar, revisó por última vez las notas que había reunido: nombres, fechas, un plano improvisado del edificio que había conseguido en el registro catastral del pueblo más cercano, a cuarenta minutos de distancia. La puerta principal se abrió antes de que ella tocara. Un hombre de edad indefinida, vestido con un traje gris que parecía cortado para otro cuerpo, la esperaba con las manos entrelazadas frente al abdomen. —Señorita Vasconcelos —dijo, sin que ella se hubiera presentado—. La estábamos esperando. —¿Cómo sabe mi nombre? —Hizo una reservación telefónica hace dos días. Este es un hotel pequeño, señorita. No recibimos muchas llamadas. El hombre se presentó como Anselmo Ferreira, administrador y, según explicó con cierto orgullo desganado, bisnieto del fundador original. Tenía la piel cetrina y unos ojos de un gris tan pálido que costaba distinguir dónde terminaba el iris y comenzaba la córnea. Su voz sonaba como si hubiera sido entrenada durante mucho tiempo para no expresar sorpresa ante nada. El vestíbulo olía a cera vieja y a algo más, un dulzor apenas perceptible que Elena no supo identificar hasta más tarde. Los muebles eran de una elegancia decadente: sillones de terciopelo verde deshilachado, una araña de cristal con la mitad de sus brazos vacíos, un reloj de péndulo detenido a las tres y catorce minutos. Detrás del mostrador de recepción, una mujer joven de cabello oscuro recogido en un moño tirante anotaba algo en un libro de registro encuadernado en cuero. —Ella es Renata —dijo Ferreira—. Se encargará de darle la llave. Renata levantó la vista apenas un segundo. Sus ojos, notó Elena, tenían el mismo tono grisáceo que los de Ferreira, aunque no se parecían en nada más. — Habitación 213 —dijo Renata, empujando una llave de bronce sobre el mostrador—.

Como pidió. Elena no había pedido ninguna habitación en particular. Estuvo a punto de corregirla, pero se contuvo. Si el destino, o algo parecido al destino, quería ponerla exactamente donde necesitaba estar, no iba a discutir. La habitación 213 se encontraba al final de un pasillo del segundo piso, más allá de una hilera de puertas numeradas de forma irregular: 208, 209, 211, 213, saltándose la 210 y la 212 sin explicación aparente. Cuando Elena preguntó por qué faltaban esos números, Ferreira respondió con una sonrisa breve que no llegó a sus ojos: —Superstición de la familia. Mi bisabuelo creía que ciertos números atraían a ciertas cosas. Preferimos no tentarlas. La habitación en sí era ordinaria: una cama de hierro, un ropero de madera oscura, una ventana que daba a un patio interior donde crecía, extrañamente frondoso para la altitud, un jardín de rosales negros. Elena dejó su maleta sobre la cama y, apenas Ferreira se retiró, comenzó a examinar cada rincón con la meticulosidad de quien ha aprendido a desconfiar de las habitaciones de hotel. Debajo del ropero encontró algo que la hizo detenerse: una fotografía pequeña, en blanco y negro, de un hombre joven con bigote y sombrero, sonriendo frente a la misma fachada del hotel que ella había fotografiado esa tarde. Al reverso, una fecha escrita a mano: 3 de octubre de 1954. El hombre de la fotografía se parecía, con una exactitud que le erizó la piel, al ingeniero Domingo Palafox, el último desaparecido. Esa noche, durante la cena, Elena compartió mesa con el único otro huésped del hotel: un hombre de mediana edad llamado Mauro Pineda, que se presentó como comerciante de maquinaria agrícola en viaje de negocios. Tenía manos grandes y una risa fácil, y hablaba con el entusiasmo de alguien acostumbrado a llenar los silencios ajenos. —Llevo aquí cuatro días —dijo Mauro, sirviéndose vino de una botella sin etiqueta—. Se suponía que era una noche, pero el camino de bajada se ha cerrado dos veces por derrumbes. El señor Ferreira dice que es normal en esta época del año. —¿No le parece extraño que un hotel tan aislado siga funcionando? —preguntó Elena—. Casi no hay huéspedes. Mauro se encogió de hombros. —La comida es buena. El vino, mejor. Y honestamente, señorita, después de cuatro días aquí uno deja de hacerse preguntas. Es más cómodo así. Había algo en la forma en que lo dijo, una resignación demasiado tranquila, que inquietó a Elena más que cualquier otra cosa que hubiera visto en el hotel. Decidió no mencionar la fotografía que había encontrado, ni el nombre de Palafox. Prefería observar antes que revelar sus cartas. A la medianoche, incapaz de dormir, Elena salió de su habitación con una linterna de bolsillo y bajó al vestíbulo. El reloj de péndulo seguía marcando las tres y catorce, inmóvil, como si el tiempo mismo hubiera decidido no avanzar en ese lugar. Cruzó hacia la puerta que, según el plano catastral, debía conducir al sótano, donde se guardaban los archivos antiguos del hotel. La puerta estaba cerrada con llave, pero una ventana lateral, medio oculta detrás de una cortina polvorienta, tenía el pestillo roto. El sótano era una bodega de recuerdos abandonados: baúles apilados, maletas con etiquetas de destinos que ya no existían, un archivero de metal oxidado. Elena forzó uno de los cajones con un destornillador que llevaba en su bolso —una costumbre de reportera que nunca la había defraudado— y encontró, ordenados por año, los libros de registro del hotel desde su fundación. Pasó las páginas con dedos temblorosos por el frío. 1954: Domingo Palafox, habitación 213, entrada el 1 de octubre, sin fecha de salida registrada. 1979: un nombre distinto, Ezequiel Montoya, la misma habitación, la misma ausencia de salida. 1998: Herminia Casares. 2021: el ingeniero Domingo

Palafox, otra vez, con la misma fecha de nacimiento que el hombre de 1954. Elena sintió que el aire del sótano se volvía más denso. No era posible que un mismo hombre hubiera desaparecido dos veces con setenta años de diferencia, a menos que se tratara de una broma macabra, o de algo que su mente racional se negaba todavía a considerar. Un ruido de pasos en la escalera la sobresaltó. Apagó la linterna y se escondió detrás del archivero justo a tiempo para ver entrar a Renata, con una vela en la mano, moviéndose por el sótano con la seguridad de quien conoce cada centímetro del lugar sin necesidad de mirar. La joven se detuvo frente a una puerta pequeña, casi invisible entre las sombras, y golpeó tres veces con los nudillos. Del otro lado, una voz —imposible saber si masculina o femenina, ronca y a la vez suave— respondió algo que Elena no logró entender. Renata abrió la puerta y desapareció tras ella. Elena esperó diez minutos eternos antes de acercarse. La puerta pequeña llevaba a un pasadizo estrecho que descendía aún más, tallado directamente en la roca de la montaña. El aire allí olía exactamente como el vestíbulo del hotel: cera vieja y aquel dulzor indefinible que ahora, mientras avanzaba, comenzaba a reconocer como el olor de las flores que se pudren lentamente en un jarrón olvidado. El pasadizo terminaba en una cámara circular iluminada por decenas de velas dispuestas en círculos concéntricos. En el centro, sobre un pedestal de piedra, descansaba un libro enorme, mucho más antiguo que los registros del sótano, cuyas páginas parecían hechas de un material que no era exactamente papel. Renata estaba de pie frente al pedestal, y junto a ella, inmóvil como una estatua, se encontraba Mauro Pineda. —Sabía que vendrías —dijo Mauro, sin volverse, con una voz que ya no tenía nada de la calidez risueña de la cena—. Siempre vienen. Es parte de cómo funciona esto. Elena retrocedió, pero sus piernas chocaron con algo sólido. Al girarse, encontró a Ferreira detrás de ella, bloqueando la salida del pasadizo con esa misma sonrisa que no llegaba a los ojos. —No se preocupe, señorita Vasconcelos —dijo Ferreira—. No vamos a hacerle daño. El Hotel Argenta nunca hace daño a nadie. Solamente... reorganiza. —¿Reorganiza qué? —logró preguntar Elena, con la voz quebrada. Fue Renata quien respondió, sin dejar de mirar el libro sobre el pedestal.—El tiempo, señorita. Esta montaña tiene una grieta muy antigua, más vieja que el hotel, más vieja que el pueblo. Mi bisabuelo la encontró en 1910, cuando todavía era solo un cazador que se había perdido buscando refugio de una tormenta. La grieta no traga a las personas: las repite. Las vuelve a poner en el mundo, una y otra vez, atrapadas en el mismo día, la misma habitación, la misma conversación, hasta que algo, o alguien, rompe el ciclo desde afuera. Elena pensó en los nombres del registro: Palafox en 1954 y en 2021. El mismo hombre, atrapado en un bucle que se repetía cada cierto número de años, sin saberlo, viviendo y desapareciendo una y otra vez mientras el resto del mundo avanzaba sin él. —Entonces ustedes... —dijo Elena, mirando a Ferreira, a Renata, a Mauro— ¿también están atrapados? Mauro finalmente se volvió, y por primera vez desde que Elena lo conoció, su rostro mostró algo parecido al cansancio, un agotamiento que parecía tener siglos. —Yo llevo aquí once ciclos —dijo—. Cada vez despierto pensando que es la primera. Cada vez conozco a alguien nuevo en la cena. Cada vez, al final, alguien tiene que quedarse para mantener la grieta cerrada, mientras el ciclo elige a otro huésped para que continúe viviendo afuera. Esta vez, señorita Vasconcelos, la grieta la ha elegido a usted. Elena sintió que el suelo se movía bajo sus pies, aunque nada en la

cámara circular se había alterado. Comprendió, con una claridad terrible, por qué Renata le había entregado sin preguntar la llave de la habitación 213: no era casualidad ni superstición familiar. Era un mecanismo, una selección que el hotel hacía por sí mismo, generación tras generación, escogiendo a quien debía quedarse y a quien debía marcharse. —No voy a quedarme aquí —dijo Elena, retrocediendo hacia la pared de roca—. No acepto nada de esto. Ferreira negó con la cabeza, casi con lástima. —No es una cuestión de aceptar, señorita. El libro ya la escribió. Desde el momento en que cruzó la puerta principal, su nombre quedó registrado. Lo único que puede decidir ahora es cómo enfrentarlo. Elena miró el libro sobre el pedestal. Las páginas, iluminadas por la luz temblorosa de las velas, mostraban líneas de una escritura que cambiaba de forma cada vez que intentaba fijar la vista en ella, como si las letras se negaran a quedarse quietas. Recordó entonces algo que había leído años atrás, durante una investigación sobre supersticiones rurales para el periódico: que ciertos rituales antiguos podían romperse no con violencia, sino con un acto que contradijera por completo la lógica que los sostenía. Si el hotel repetía a las personas, atrapándolas en ciclos de espera y sustitución, quizás la única forma de escapar no era huir, sino negarse a completar el patrón. Elena avanzó hacia el pedestal, ignorando el gesto de alarma de Renata, y en lugar de tocar el libro, sopló con fuerza sobre el círculo de velas más cercano al centro. La cámara se sumió en una oscuridad parcial. Las velas apagadas dejaron de sostener, aparentemente, alguna parte invisible del ritual, porque el aire se llenó de un zumbido grave, como el de un enjambre lejano, y las páginas del libro comenzaron a pasar solas, cada vez más rápido, como si algo dentro de ellas buscara desesperadamente una salida. —¿Qué ha hecho? —gritó Ferreira, con una voz que por primera vez sonó genuinamente humana, genuinamente asustada. —Romper el orden —respondió Elena, sin saber realmente si estaba en lo cierto, pero comprendiendo que ya no había forma de retroceder. El libro se cerró de golpe. La cámara tembló, y de las grietas del techo comenzó a filtrarse una luz blanquecina que no provenía de ninguna vela. Mauro cayó de rodillas, llevándose las manos a la cabeza, murmurando nombres que Elena no reconocía: Ezequiel, Herminia, Domingo, una lista de todos los que habían pasado antes por la habitación 213. Renata, en cambio, sonreía por primera vez, con una expresión de alivio tan profundo que parecía a punto de llorar. —Nunca nadie lo había intentado así —dijo Renata—. Todos intentan escapar corriendo. Usted trató de apagar el fuego. La luz blanquecina se expandió hasta llenar toda la cámara, y Elena sintió que su cuerpo se volvía ligero, como si dejara de pesar sobre el suelo de piedra. Lo último que alcanzó a ver fue el rostro de Ferreira, ya no gris sino de un color casi normal, casi humano, mirando el libro cerrado con una mezcla de terror y algo parecido a la esperanza. Elena despertó en su automóvil, estacionado frente a la entrada del Hotel Argenta, con la luz del amanecer filtrándose entre los pinos torcidos. El reloj de su muñeca marcaba las siete y cuarto de la mañana, y por un instante creyó que todo había sido un sueño extrañamente vívido provocado por el cansancio del viaje. Pero al bajar del automóvil notó que el hotel, la construcción de piedra oscura que la había recibido la tarde anterior, ya no estaba allí. En su lugar se extendía solamente un campo de hierba alta, salpicado de piedras cubiertas de musgo que, si uno se fijaba con atención, parecían los cimientos de un edificio derrumbado hacía mucho tiempo. Elena caminó entre las piedras hasta

encontrar, semienterrada, una placa de metal oxidado. Al limpiarla con la manga de su abrigo, pudo leer, apenas legibles bajo el óxido, los nombres de las personas que habían desaparecido en aquel lugar a lo largo de más de un siglo: Domingo Palafox, Ezequiel Montoya, Herminia Casares, y varios más, cada uno con una fecha distinta, todos con la misma anotación final: liberado el 4 de octubre. La fecha coincidía con esa misma mañana. Elena regresó al pueblo con la historia más extraña que jamás publicaría, aunque nunca la escribió del todo tal como había ocurrido. En su lugar, escribió sobre las leyendas locales de un hotel desaparecido en la montaña, sobre las desapariciones sin resolver, sobre la naturaleza caprichosa de la memoria colectiva en los pueblos aislados. Sus editores lo consideraron un buen trabajo de color regional, ameno y bien documentado, y jamás sospecharon cuánto de él era literal. Solo una cosa quedó sin explicación en sus notas personales, algo que nunca se atrevió a mostrarle a nadie: una fotografía pequeña, en blanco y negro, que encontró dentro del bolsillo de su abrigo al llegar a casa. Mostraba a un hombre joven con bigote y sombrero, sonriendo frente a la fachada de un hotel que ya no existía. Al reverso, escrita con una caligrafía que no era la suya, había una sola línea: Gracias por apagar el fuego. Ahora nos toca a nosotros seguir el camino que usted eligió no tomar. Elena guardó la fotografía en el cajón más profundo de su escritorio, y aunque volvió muchas veces a esa carretera de montaña en los años siguientes, nunca más encontró el desvío de grava entre los pinos torcidos, ni el letrero descolorido, ni ningún rastro de que el Hotel Argenta hubiera existido alguna vez fuera de las páginas que ella, contra toda lógica periodística, se negó siempre a borrar.

# La casa de las luces amarillas



Gabriela Castro Rodríguez

---

## *La casa de las luces amarillas*

---

—Gabriela Castro Rodríguez

Género: Narrativo

IA utilizada: Chat GPT

Cada tarde, cuando el sol comenzaba a esconderse detrás de las montañas, una pequeña casa al final de la calle parecía encenderse por sí sola. No era magia; simplemente las cortinas color miel dejaban pasar la luz del atardecer, tiñendo las ventanas de un amarillo cálido que hacía pensar a cualquiera que ahí habitaba la felicidad.

Los vecinos solían detenerse un instante para mirar aquella casa. Algunos decían que era la más bonita del barrio, no por su tamaño ni por sus paredes, sino porque siempre parecía llena de vida. Nadie imaginaba que las casas también podían aprender a guardar secretos.

En ella vivían Alma y Elías.

Se conocieron cuando apenas comenzaban a descubrir quiénes querían ser. Él tenía la facilidad de hacer reír a cualquiera; ella poseía la extraña virtud de encontrar belleza incluso en los días más grises. Juntos parecían completar aquello que les faltaba por separado.

No tardaron en imaginar una vida compartida.

Con esfuerzo reunieron dinero para rentar aquella pequeña casa. No era grande. El techo tenía goteras cuando llovía, las paredes necesitaban pintura y algunas puertas apenas cerraban. Sin embargo, para ellos era un castillo.

Los primeros meses fueron una sucesión de pequeños milagros.

Compraban muebles usados y celebraban cada adquisición como si hubieran ganado la lotería. Una mesa encontrada en un mercado de segunda mano se convirtió en el lugar donde desayunaban los domingos. Un viejo sillón remendado era suficiente para ver películas hasta quedarse dormidos. Incluso una planta medio marchita terminó adornando la ventana principal porque Alma insistía en que todavía podía florecer.

Y floreció.

Como aquella planta, ellos también parecían crecer.

Había tardes en las que salían sin rumbo fijo. Caminaban por el centro de la ciudad compartiendo un helado, se tomaban fotografías ridículas frente a los aparadores o inventaban historias sobre las personas que pasaban a su lado.

Una noche, mientras regresaban caminando, Elías desapareció unos minutos. Alma creyó que había olvidado algo. Cuando volvió, llevaba un pequeño ramo de flores silvestres escondido detrás de la espalda.

—No pude comprar rosas —dijo sonriendo—, pero estas también son bonitas.

Ella las recibió como si fueran el tesoro más valioso del mundo.

Las colocó en un frasco de vidrio porque no tenían florero.

Aquellas flores duraron apenas unos días.

El recuerdo permaneció durante años.

Los inviernos llegaron uno tras otro.

Con ellos aparecieron las responsabilidades, el cansancio y las preocupaciones.

El dinero comenzó a escasear.

Las reparaciones de la casa se fueron acumulando.

Siempre había algo más urgente que arreglar una puerta, cambiar una llave o reparar un cajón.

—El próximo mes lo hacemos —decía Elías.

Ese próximo mes parecía no llegar nunca.

Alma trabajaba cuanto podía para mantener el hogar en orden. Aprendió a cocinar con pocos ingredientes, a reutilizar todo lo que encontraba y a convertir las carencias en pequeños actos de creatividad.

Nunca le molestó vivir con poco.

Lo que poco a poco comenzó a dolerle fue sentir que luchaba sola.

Mientras ella imaginaba proyectos para mejorar la casa, Elías parecía conformarse con que las cosas siguieran igual.

Si ella proponía ahorrar, él encontraba alguna excusa para gastar.

Si organizaba una salida juntos, él cancelaba porque prefería quedarse descansando o reunirse con sus amigos.

Cuando prometía ayudar, casi siempre aparecía un "después".

Y los "después" terminaron convirtiéndose en años.

Aun así, Alma seguía creyendo que el amor era suficiente.

Esperaba despierta hasta la madrugada para cenar con él cuando salía tarde del trabajo.

Preparaba su desayuno antes de amanecer.

Le acomodaba una manta sobre los hombros cuando se quedaba dormido frente al televisor.

Nunca pensó que aquello fuera un sacrificio.

Simplemente era la manera en la que sabía amar.

Sin embargo, algo comenzó a cambiar.

Las conversaciones dejaron de hablar sobre sueños.

Ahora giraban alrededor de cuentas pendientes, objetos rotos y promesas incumplidas.

Las sonrisas fueron sustituidas por silencios.

Y los silencios, por discusiones.

Al principio eran diferencias pequeñas.

Después llegaron los reproches.

Finalmente aparecieron palabras que ninguno creyó ser capaz de pronunciar.

Una tarde discutieron en una taquería.

No recordaban exactamente por qué.

Quizá nunca fue por los tacos.

Quizá fue por todo lo que llevaban meses callando.

Las personas de las mesas cercanas dejaron de comer para observarlos.

Alma sintió vergüenza.

Elías solo guardó silencio y salió caminando.

Ella permaneció sentada mirando dos platos que ya se habían enfriado.

Aquella noche comprendió que una relación no termina el día en que alguien se marcha.

Empieza a terminar mucho antes.

Después vinieron otras discusiones.

Cada una dejaba una grieta más profunda que la anterior.

Algunas noches Elías regresaba con el olor del alcohol impregnado en la ropa.

Otras veces llegaba tan cansado que apenas pronunciaba unas palabras antes de acostarse.

Alma seguía intentando acercarse.

Lo abrazaba.

Le preguntaba cómo había sido su día.

Le preparaba la cena.

Pero sentía que hablaba con alguien que poco a poco se encontraba cada vez más lejos, aunque siguiera sentado frente a ella.

Un día, mientras acomodaba unos papeles, encontró una vieja fotografía de ambos.

Estaban riendo bajo la lluvia, completamente empapados.

Los dos parecían felices.

Se quedó observándola durante varios minutos.

No entendía en qué momento aquella pareja se había convertido en dos desconocidos viviendo bajo el mismo techo.

Esa noche esperó a Elías para hablar.

Cuando llegó, lo invitó a sentarse.

—¿Todavía eres feliz aquí? —preguntó con la voz temblorosa.

Él tardó en responder.

Miró la mesa.

Después el suelo.

Finalmente levantó la vista.

—No lo sé.

Aquellas tres palabras pesaron más que cualquier grito.

Durante semanas intentaron fingir que nada había ocurrido.

Salían a caminar.

Veían películas.

Reían de vez en cuando.

Pero era una felicidad frágil, como un cristal agrietado que podía romperse con el menor movimiento.

Los días luminosos seguían existiendo.

Sin embargo, ya no alcanzaban para cubrir las sombras.

Hasta que llegó la tormenta.

No fue una tormenta de lluvia.

Fue una hecha de palabras acumuladas durante demasiado tiempo.

Todo aquello que nunca dijeron salió de golpe.

Los reclamos se mezclaron con el cansancio.

Las promesas incumplidas con los viejos resentimientos.

El amor con el dolor.

La casa, aquella que alguna vez brillaba con luces amarillas, parecía hacerse cada vez más pequeña mientras las voces crecían.

Alma comprendió que estaba intentando sostener entre las manos algo que llevaba mucho tiempo rompiéndose.

Y por primera vez sintió miedo.

No miedo a quedarse sola.

Sino miedo de quedarse... y dejar de reconocerse a sí misma.

Aquella noche no hubo vencedores.

Las palabras quedaron suspendidas entre las paredes como si la propia casa se negara a olvidarlas. Durante varios minutos ninguno de los dos habló. El reloj continuó marcando el paso del tiempo mientras el silencio ocupaba el lugar donde antes existían los planes, las risas y las promesas.

Alma observó cada rincón de la sala.

La mesa donde desayunaban los domingos.

El sillón remendado donde tantas veces se quedaron dormidos viendo películas.

El pequeño frasco de vidrio que alguna vez sostuvo unas flores silvestres.

Comprendió que una casa no estaba hecha únicamente de ladrillos. También estaba construida con costumbres, ilusiones y recuerdos. Y, cuando esas cosas se rompían, ningún martillo era capaz de repararlas.

Por primera vez dejó de preguntarse quién tenía la culpa.

Quizá ambos habrían cambiado.

Quizá ambos habrían dejado de escucharse.

Quizá el amor seguía existiendo, pero ya no sabía cómo abrirse paso entre tantas heridas.

Aquella madrugada preparó una pequeña maleta.

No guardó demasiada ropa. Lo que más pesaba no cabía dentro de ninguna maleta: los sueños que nunca llegaron a cumplirse.

Antes de cerrar la puerta miró la casa una última vez.

Esperó, durante un instante, que Elías apareciera para detenerla.

Que le dijera que todavía había esperanza.

Que prometiera cambiar.

Que ambos podían empezar de nuevo.

Pero nadie salió.

Solo el viento movió ligeramente las cortinas amarillas.

Alma dio media vuelta y comenzó a caminar.

Los primeros días fueron extraños.

Despertaba esperando escuchar la cafetera encenderse o el sonido de unos pasos recorriendo la casa.

A veces preparaba dos tazas de café por costumbre.

Otras veces ponía dos platos sobre la mesa antes de darse cuenta de que ya no hacía falta.

Los recuerdos aparecían en cualquier momento.

Una canción.

El aroma de una panadería.

Un puente.

Una pizzería.

Incluso el simple color amarillo del atardecer bastaba para devolverla, por unos segundos, a una vida que ya no existía.

Lloró muchas veces.

Algunas en silencio.

Otras con un dolor tan profundo que parecía salir desde el fondo del pecho.

Sentía vergüenza de llorar por alguien que ya no estaba.

Creía que el tiempo debía curarlo todo.

Pero el tiempo, por sí solo, no cura.

Solo ofrece espacio para aprender a caminar con las heridas.

Los meses comenzaron a transcurrir.

Sin darse cuenta, Alma volvió a descubrir pequeños motivos para sonreír.

Aceptó una invitación para viajar con unos compañeros de trabajo.

Conoció personas nuevas que la hicieron reír sin preguntarle por su pasado.

Escuchó música que había dejado de oír hacía años.

Una tarde compró un boleto para asistir al concierto de su cantante favorito.

Mientras esperaba que comenzara el espectáculo observó a miles de personas cantar al mismo tiempo.

Por primera vez en mucho tiempo sintió que pertenecía a algún lugar sin necesidad de aferrarse a nadie.

Aquella noche regresó a casa con la voz ronca de tanto cantar y una sonrisa que no recordaba haber tenido desde hacía mucho.

También volvió a cuidar de sí misma.

Aprendió a cocinar para disfrutar su propia compañía.

Retomó caminatas al amanecer.

Compró ropa que reflejaba quién era realmente y no quien intentaba ser para agradar a alguien más.

Cuando se miró al espejo meses después, descubrió algo inesperado.

No veía a una mujer rota.

Veía a alguien diferente.

Más fuerte.

Más libre.

Más auténtica.

El dolor no había desaparecido.

Simplemente había dejado de ocupar todo el espacio.

Sin embargo, la vida tenía una curiosa manera de poner a prueba las heridas.

Una mañana, por accidente, tomó un camino diferente al habitual.

Las calles le resultaron inquietantemente familiares.

Sin buscarlo llegó al viejo barrio donde alguna vez había vivido.

Ahí seguía la pizzería donde recibió aquellas flores silvestres.

Un poco más adelante estaba la taquería donde ambos dejaron de escucharse por primera vez.

Y, al fondo, el puente donde tantas tardes esperaban para regresar juntos a casa.

Sintió que el pecho se cerraba.

Las lágrimas comenzaron a caer antes de que pudiera detenerlas.

Lloró como hacía mucho tiempo no lloraba.

Cuando finalmente el llanto terminó, respiró profundamente.

Miró nuevamente aquellos lugares.

Por primera vez no sintió deseos de regresar.

Solo agradeció que hubieran existido.

Porque gracias a esos recuerdos comprendía quién había sido.

Y gracias al dolor comprendía quién nunca volvería a ser.

Continuó caminando.

Semanas después encontró, dentro de una vieja caja, el frasco donde años atrás había colocado aquellas flores silvestres.

Estaba vacío.

Pensó en tirarlo.

Después decidió lavarlo cuidadosamente.

Al día siguiente compró un pequeño ramo de margaritas.

Las colocó dentro del mismo frasco.

Mientras observaba las flores comprendió que el recipiente seguía siendo el mismo.

Lo único que había cambiado era aquello que contenía.

Entonces sonrió.

No porque hubiera olvidado.

Tampoco porque el pasado hubiera dejado de importar.

Sonrió porque entendió que recordar no obligaba a regresar.

Esa tarde salió a caminar.

El sol comenzaba a esconderse detrás de las montañas.

Las calles se llenaron nuevamente de aquella luz amarilla que tanto tiempo le había dolido mirar.

Se detuvo unos segundos.

Respiró.

Y siguió avanzando.

Ya no buscaba una casa donde refugiarse.

Había descubierto que, después de todo aquel camino, el verdadero hogar nunca había sido un lugar.

Era la paz que, poco a poco, había aprendido a construir dentro de sí misma.

Desde entonces, cada vez que el atardecer pintaba el mundo de amarillo, Alma ya no pensaba en aquello que había perdido.

Pensaba en todo lo que había encontrado después de atreverse a seguir caminando.

Fin.

# El eco de la última página



Alejandro Contreras Blanco

—Alejandro Contreras Blanco

Género: Misterio / Suspense psicológico

IA utilizada: google gemini

## **I. El hallazgo**

Elías Thorne no buscaba un misterio; buscaba silencio. Tras la muerte de su mentor, el afamado anticuario Julian Vane, Elías heredó una propiedad en las afueras de un pueblo envuelto en bruma perpetua: Blackwood Manor. La casa era un mausoleo de madera crujiente y libros que olían a tiempo estancado.

Durante la primera semana, Elías se dedicó a inventariar la biblioteca. Julian había sido un hombre metódico, pero en la sección de diarios personales, Elías encontró algo extraño: un volumen encuadernado en piel que no aparecía en el catálogo. Al abrirlo, notó que las páginas estaban en blanco, a excepción de la última. En ella, con la caligrafía temblorosa de Julian, solo había una frase: “Si escuchas el reloj sonar trece veces, no busques el origen del sonido. Busca el origen de tu propia sombra”.

## **II. La perturbación**

Elías se rió, atribuyendo la nota a la excentricidad senil de su mentor. Sin embargo, esa misma noche, mientras trabajaba bajo la luz de una lámpara de aceite, el gran reloj de péndulo en el vestíbulo comenzó a marcar la medianoche.

Uno. Dos. Tres...

El sonido era pesado, metálico, como si el bronce golpeará un vacío. Cuando el reloj marcó la doceava campanada, Elías contuvo la respiración, esperando el silencio. Pero entonces, un golpe seco y vibrante rompió el aire. La treceava campanada.

El sonido no provino del reloj. Parecía emanar de detrás de las paredes, una vibración que le hizo vibrar los dientes. Elías se levantó, su corazón golpeando contra sus costillas, y proyectó la luz de su linterna hacia el pasillo. Fue entonces cuando lo vio: su sombra, proyectada contra la pared del fondo, no imitaba su movimiento. Mientras Elías permanecía paralizado, su sombra levantó una mano, señalando hacia el retrato de Julian Vane colgado en la biblioteca.

## **III. El laberinto de espejos**

Desafiando el terror que le paralizaba, Elías caminó hacia la biblioteca. El retrato de Julian, un óleo al estilo victoriano, mostraba al viejo anticuario sosteniendo una llave dorada. Pero al acercarse, Elías notó que el barniz del cuadro estaba resquebrajado.

Con un gesto tembloroso, tocó el marco. Un mecanismo oculto cedió y el cuadro se desplazó, revelando una pequeña caja fuerte empotrada en la piedra.

Dentro no había joyas ni dinero. Había una serie de fotografías antiguas y una carta. Las fotografías mostraban a Julian en diferentes épocas de su vida, siempre junto a un hombre que Elías nunca había visto: un hombre con facciones idénticas a las suyas, pero con ojos que parecían absorber la luz.

#### **IV. La revelación**

La carta decía: “Elías, si lees esto, es que el ciclo ha intentado reiniciarse. Yo no era tu mentor; era tu antecesor. Este reloj no marca el tiempo, marca las vidas. Cuando el sonido llega a trece, el guardián anterior se desvanece y el nuevo ocupa su lugar. No intentes huir. La casa se alimenta de la resistencia.”

Elías sintió un frío glacial. Miró hacia sus manos; se veían más delgadas, más viejas, como si la piel perdiera su juventud en cuestión de segundos. El espejo sobre la chimenea le devolvió una imagen que no era la suya: era el reflejo de Julian Vane.

#### **V. El círculo se cierra**

El pánico se apoderó de él, pero una extraña calma comenzó a inundar su mente. Los recuerdos de Julian —sus técnicas de restauración, sus secretos, su soledad— comenzaron a fluir hacia la consciencia de Elías, como agua llenando un recipiente vacío.

Caminó hacia el vestíbulo. El reloj de péndulo estaba en silencio, pero el aire en la casa se sentía distinto, más denso, cargado de una historia que ahora le pertenecía. Elías comprendió que no había escapatoria, ni tampoco un final real. Solo existía la custodia de Blackwood Manor.

Al amanecer, un joven desconocido llegó a la puerta de la propiedad, buscando trabajo y refugio, tal como Elías lo había hecho semanas atrás. Elías, ahora con el rostro y la voz de Julian, abrió la puerta con una sonrisa triste.

—Pasa —dijo, su voz resonando con una autoridad centenaria—. Te estaba esperando. Tenemos mucho que inventariar, y hay un reloj que necesita ser ajustado.

El ciclo había comenzado de nuevo, y en la biblioteca, el diario de cuero esperaba, con todas sus páginas en blanco, para ser escrito por la siguiente sombra.

# La luz en la sala de proyecciones



Valeria Ramírez  
Hernández

---

## *La luz en la sala de proyecciones*

---

—Valeria Ramírez Hernández

Género: Misterio / Drama

IA utilizada: gpt-5-mini

Cuando cerraron las puertas del viejo cine Lux, la ciudad se quedó un poco más silenciosa. Las butacas, cubiertas de polvo, guardaban historias de risas y llantos, y la sala de proyecciones, llena de bobinas y latas metálicas, parecía una cápsula del tiempo. El club de cine y literatura, formado por estudiantes y vecinos, consiguió permiso para usar el lugar los fines de semana: limpiar, proyectar y leer. Fue allí donde apareció la luz. María llegó la primera aquella tarde de otoño. Traía una linterna, una libreta y una deuda de curiosidad que la seguía desde niña. De pequeño había ido al Lux con su abuelo; las películas proyectadas en blanco y negro aún danzaban en su memoria. Abrió las cortinas polvorientas y, al entrar en la sala de proyecciones, sintió que algo estaba diferente: una lámpara antigua, encendida sobre la mesa de control, iluminaba sin razón aparente un carrito al lado de una caja marcada con una etiqueta amarilla. —¿Quién encendió eso? —preguntó a los otros miembros que comenzaron a llegar. Nadie lo sabía. Luis, el presidente del club, dijo que la llave y la cerradura habían estado selladas toda la semana. Ana, que estudiaba restauración de cine, tocó la caja con cuidado. En la etiqueta, escrita con letra temblorosa, apenas se leía: "Para quien vea esto". Abrieron la caja. Dentro había un cuaderno de tapas duras, una hoja doblada y un carrito con película sin nombre. La hoja era una nota breve y firme: "Proyéctala. Siéntate. Mira hasta el final." No había firma. El entusiasmo venció al recelo. Prepararon la máquina, colocaron la película y apagaron las luces. La pantalla blanca esperó como un muro en blanco de posibilidades. La proyección comenzó. Al principio, imágenes granuladas: calles antiguas, una pareja silenciosa caminando bajo faroles, periodistas con cámaras grandes. Luego, algo cambió: entre las escenas, la cámara enfocó el interior del propio cine Lux, pero en otra época. Se veía la sala llena, una mujer con vestido rojo en la primera fila, y, en la proyección de la proyección, la misma lámpara sobre la mesa de control —la lámpara que ahora iluminaba la caja en la vida real—. Un escalofrío recorrió la sala. María reconoció a la mujer del vestido rojo. Era su abuela, o al menos se parecía terriblemente. Las otras escenas mostraban un conflicto soterrado: un director apasionado, una discusión en voz baja entre dos hombres, una carta arrugada que alguien escondía detrás del proyector. Al final de la cinta, la cámara se acercó a la caja con la etiqueta amarilla. La mujer del vestido rojo miró directamente a la cámara y dijo, con voz que resonó, aunque el volumen fuera bajo: "Si lo encuentras, será porque estabas destinada a ver." Cuando la película terminó, la sala quedó en silencio absoluto. Nadie comprendía de inmediato si lo que habían visto era un registro antiguo o una ficción creada por manos desconocidas. Decidieron investigar la procedencia del carrito. Ana cruzó las fotos de prensa que había llevado la

universidad; Luis buscó en los archivos municipales; María comenzó a preguntar a los vecinos mayores. La historia se fue tejiendo lentamente. El Lux había pertenecido décadas atrás a un cineasta local llamado Raúl Méndez, famoso por su mirada crítica y por perder una película entera antes del estreno en circunstancias nunca aclaradas. En los recortes, Raúl aparecía con la mujer del vestido rojo: Clara Soto, actriz del lugar, cuyo nombre terminó ligado a rumores de una pelea de poder con empresarios que querían convertir el cine en almacén. Días antes de un estreno crucial, Raúl desapareció por una semana; cuando volvió, la película principal estaba incompleta. Dicen que Clara renunció y que después la vieron poco: fue una presencia fugaz que se desvaneció en la ciudad. María, sin embargo, tenía un recuerdo más íntimo: su abuela solía mencionar, sin querer entrar en detalles, que guardaba una carta en el Lux. "Por si algún día," decía. Ahora que veía a la mujer del vestido rojo en la pantalla, sintió que la memoria de su abuela y la historia del cine estaban entrelazadas. Regresó a la caja. En el fondo, escondida bajo una tela, encontró otra hoja: una carta pequeña, con la caligrafía firme de alguien que había amado y perdido la confianza. La carta estaba dirigida a "Al que herede este lugar". En ella, Clara contaba que la película incompleta no había desaparecido por accidente. Había grabado, entre los fotogramas, pruebas de sobornos y presiones: nombres, fechas, conversaciones. Temía que aquellos que controlaban el dinero del Lux quemaran las pruebas, así que las escondió en un carrete y en una caja que sólo se abriría si alguien lo encontrara. La carta terminaba con una advertencia: "Si la vez, no confíes en las primeras historias. Mira más allá de la pantalla." El club decidió entonces restaurar el carrete por completo y buscar más pistas. En los meses siguientes, trabajaron fines de semana y noches, limpiando la sala, digitalizando metraje y entrevistando a quienes aún recordaban la época de Raúl y Clara. En el proceso, salieron a la luz documentos: recortes de cheques, contratos mal firmados, y cartas entre Raúl y un productor con iniciales que apuntaban a una familia prominente de la ciudad. Cuanto más escarbaban, más resistencia encontraban. Un concejal local que había hablado con desdén sobre el proyecto comenzó a aparecer en fotos antiguas con el productor sospechoso; un empresario que negaba vínculos con el Lux fue señalado en listas de patrocinio. Las piezas encajaban en un rompecabezas de corrupción cultural: el cine había sido, en su tiempo, una trinchera, y la película perdida era la prueba de cómo habían intentado silenciar voces incómodas. La intriga llegó a un punto crítico cuando el club recibió una carta anónima: "Déjenlo. Hay cosas que deben permanecer enterradas." La advertencia no detuvo al grupo; al contrario, los unió. Organizaron una proyección pública con todo el material: la cinta original, los recortes, las fotografías. Invitaron a la ciudad. Quien se escondía en las sombras iba a enterarse de que la verdad saldría a la luz. La noche de la proyección, la sala del Lux volvió a llenarse. Viejos y jóvenes, vecinos curiosos y periodistas locales se acomodaron entre alfombras agotadas. En la pantalla, la primera imagen fue la de la mujer del vestido rojo, mirándolos. A medida que las pruebas se desplegaban —cheques, cartas, escenas de confrontación—, la tensión creció. En las filas traseras, alguien tosió con nerviosismo. Una figura se mantuvo rígida, como si reconociera el propio pasado proyectado contra la pared. Después de la proyección, la reacción fue inmediata. Preguntas y susurros. Voces que pedían investigación y explicaciones. A la mañana siguiente, un reportaje en el diario

local recogió la historia: un cine perdido y una película que reabrió viejas heridas. La presión pública hizo que las autoridades revisaran los contratos y auditaran los archivos. El proceso fue lento, contradictorio, lleno de maniobras, pero la narrativa ya no les pertenecía a los silenciosos. En medio de ese tumulto, María encontró a la figura que había visto en la proyección. Era un hombre mayor, con manos temblorosas y ojos cansados. Se llamaba Ernesto, y había trabajado en el Lux como técnico en los años de Raúl. Con voz baja, confesó haber guardado la verdad por miedo. "La gente poderosa no olvida," dijo. Pero al ver la sala llena aquella noche, supo que ya no podían ocultarla. Las investigaciones no exculparon a todos; algunas familias se vieron salpicadas y algunos archivos se perdieron en la memoria burocrática. Sin embargo, se confirmó suficiente evidencia para que, al menos en la opinión pública, quedara clara la historia. Raúl obtuvo un reconocimiento póstumo; Clara fue nombrada en placas conmemorativas; y el Lux —renovado gracias a donaciones ciudadanas— volvió a abrir sus puertas con una placa que decía: "Para quienes no temen mirar." El club celebró con una sesión donde leyeron en voz alta la carta de Clara. La última línea resonó entre los asistentes: "La verdad vive cuando alguien la mira sin apagar la luz." María guardó la libreta en su bolso, sabiendo que esa frase sería la que contara cuando, dentro de años, alguien le preguntara por qué aquel grupo de jóvenes había decidido no dejar morir un cine. La lámpara en la sala de proyecciones siguió encendida, ya no como un misterio sino como señal: una llamada a mantener viva la memoria. Y cada fin de semana, cuando bajaban la cortina para otra proyección, alguien siempre dejaba una butaca libre en la primera fila, por si la mujer del vestido rojo volvía algún día a sentarse a mirar.

---

**Bonus: Análisis del compendio de cuentos creados con apoyo de IA para integrar el número 6 de la Revista IA UAMA**

---

-Cristian Plaza

IA de apoyo: ChatGPT 5.5

En este sexto número de la *revista IA UAM-A*, nos hemos sumergido en textos fascinantes y exploramos la creatividad de nuestros participantes. Además, durante la lectura y revisión de los cuentos, el equipo editorial detectó un fenómeno revelador: las herramientas de Inteligencia Artificial (IA) manifiestan patrones altamente predecibles a la hora de proponer títulos, estructurar tramas e incluso nombrar a sus protagonistas.

Inicialmente, nos preguntamos si estas elecciones respondían a un promedio estadístico de la población, pero opciones tan recurrentes en los textos como "Julián" o "Elena" no coinciden con la demografía más común en México. ¿De qué se trata, entonces?

Lo que observamos es un reflejo directo del **sesgo algorítmico** y la **homogeneización cultural**. Las inteligencias artificiales no generan contenido pensando en un país específico; en su lugar, predicen palabras basándose en gigantescos volúmenes de texto extraídos de internet, literatura clásica y traducciones que tienden hacia un "español neutro". Al hacerlo, favorecen nombres y arquetipos narrativos que están sobre-representados en la red global.

Estos patrones repetitivos han sido ampliamente documentados por investigadores y son considerados **vicios generativos** o **clichés algorítmicos**. Ocurren porque los modelos de IA están diseñados para generar la respuesta más estadísticamente probable y "segura", lo que a menudo provoca un efecto conocido como *colapso de la diversidad*, donde la riqueza cultural y local se pierde en favor de narrativas estandarizadas. Para observar cómo operan estos vicios comunes y comprender el peso de la máquina sobre la narrativa, a continuación presentamos un análisis detallado de dichos patrones.

### **Reporte estadístico y cualitativo sobre los 134 cuentos**

Este reporte examina el compendio completo de 134 cuentos a partir de cuatro dimensiones: motor o condición de escritura, patrones de titulación, estructuras narrativas y rasgos temáticos. El objetivo es identificar las huellas de generación o asistencia de inteligencia artificial, así como las decisiones creativas recurrentes que atraviesan el conjunto.

El análisis considera como "sin IA en el texto" aquellos registros en los que no se declaró motor de IA o en los que se indicó que la IA se usó solo para tareas periféricas, como título, imagen o formato. Esta categoría no se interpreta como omisión, sino como una condición de escritura distinta dentro del compendio.

1. Alcance y criterios de lectura

| Criterio           | Aplicación en el reporte                                                                                                         |
|--------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Unidad de análisis | Cada cuento se contabiliza como un registro independiente, aun cuando existan títulos parecidos o motivos repetidos.             |
| Motor o condición  | Se agrupan variantes de una misma familia de modelo: ChatGPT/GPT, Gemini y Claude.                                               |
| Sin IA en el texto | Incluye cuentos sin motor declarado o con IA usada solo para formato, título, imagen o apoyo no generativo del cuerpo narrativo. |
| Motivos de título  | Las categorías no son excluyentes; un mismo título puede contener más de un motivo.                                              |
| Temas narrativos   | La presencia temática es estimada a partir del título, género declarado y contenido disponible de los cuentos.                   |

2. Distribución general por motor de IA

| Familia de modelo o condición | Registros | Porcentaje |
|-------------------------------|-----------|------------|
| ChatGPT / GPT                 | 73        | 54.5%      |
| Gemini                        | 34        | 25.4%      |
| Claude                        | 12        | 9.0%       |
| Sin IA en el texto            | 10        | 7.5%       |
| Dola                          | 2         | 1.5%       |
| Copilot                       | 1         | 0.7%       |
| Asistente AI de Google        | 1         | 0.7%       |
| DeepSeek                      | 1         | 0.7%       |
| Total                         | 134       | 100%       |

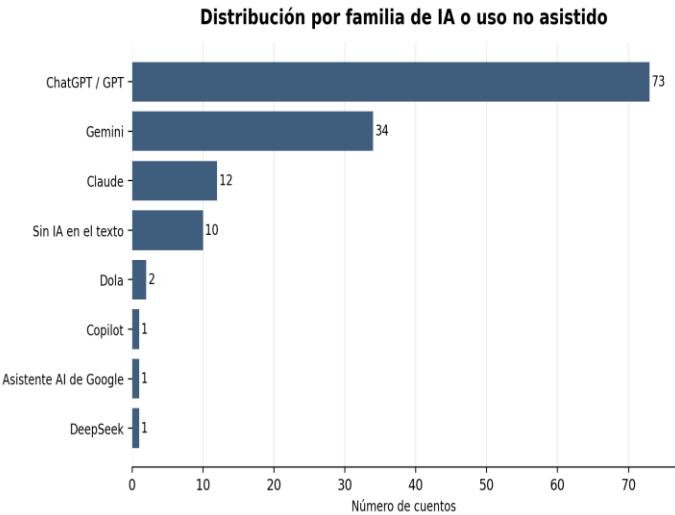


Gráfico 1. Distribución general por familia de modelo o condición de escritura.

La familia ChatGPT/GPT concentra la mayor parte del compendio, con 73 registros. Gemini ocupa el segundo lugar, con 34 cuentos, y Claude aparece en 12. La categoría “sin IA en el texto” reúne 10 registros y permite observar cómo conviven textos generados o asistidos con textos de mayor intervención humana directa.

### 3. Motivos recurrentes en los títulos

| Motivo recurrente                                | Frecuencia | Qué sugiere                                                       |
|--------------------------------------------------|------------|-------------------------------------------------------------------|
| El / La último(a)                                | 22         | Cierre, pérdida, despedida o último momento significativo.        |
| Eco / ecos                                       | 16         | Memoria, repetición, trauma o permanencia de algo que vuelve.     |
| Espacio / estrellas / planeta / sol / cielo      | 12         | Ciencia ficción, destino cósmico, trascendencia o futuro.         |
| Casa / habitación / hotel                        | 10         | Espacios íntimos convertidos en lugares de misterio o encierro.   |
| Memoria / recuerdos                              | 9          | Identidad, nostalgia, pasado, duelo y reconstrucción personal.    |
| Archivo / expediente / protocolo                 | 9          | Secreto, investigación, documento oculto o verdad institucional.  |
| Biblioteca / páginas / cartas / cuaderno / libro | 9          | Escritura, conocimiento, memoria escrita y revelación.            |
| Amor / corazón / romance / flores / jardín       | 9          | Vínculos afectivos, cuidado, pérdida o crecimiento personal.      |
| Algoritmo / IA / red / silicio / digital         | 8          | Tecnología como conflicto, amenaza, herramienta o espejo humano.  |
| Luz / sombra / oscuridad / noche                 | 8          | Revelación, miedo, contraste moral o paso de ignorancia a verdad. |
| Reloj / tiempo / instante / estación             | 7          | Tránsito, espera, segundas oportunidades y decisiones.            |
| Tren / andén                                     | 4          | Viaje, despedida, destino y paso entre etapas.                    |

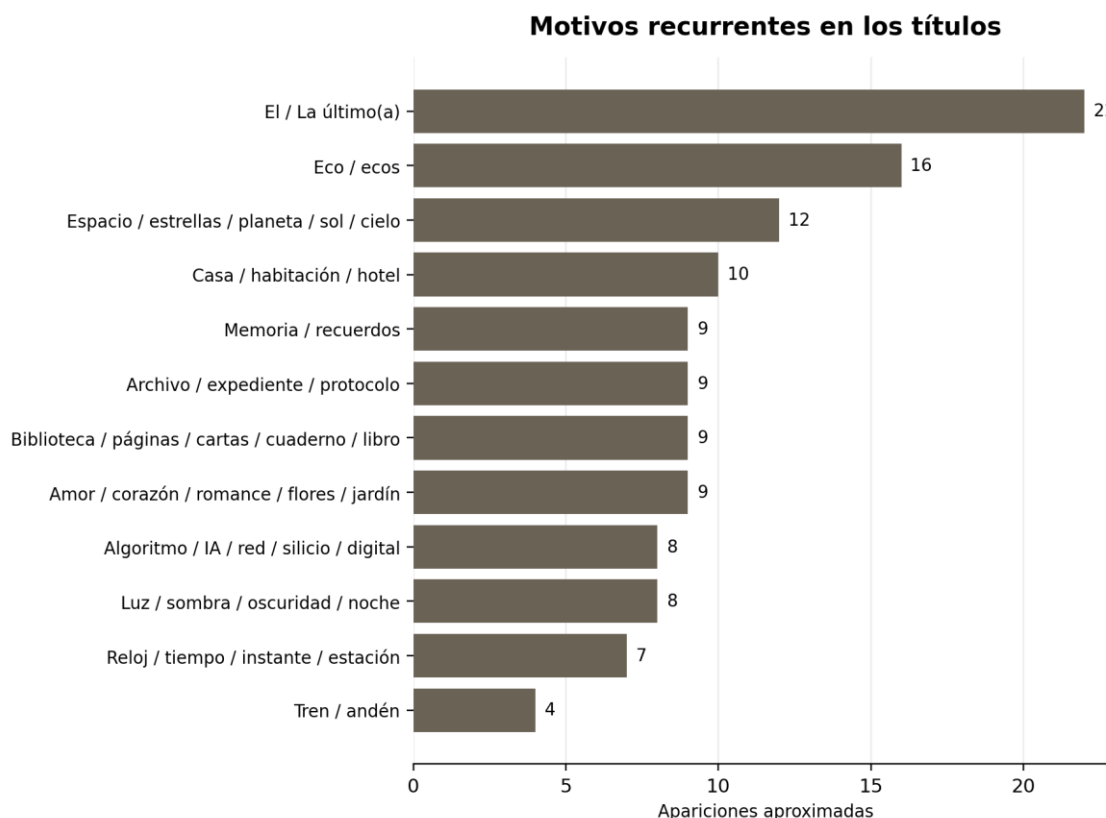


Gráfico 2. Familias de palabras más visibles en los títulos. Las categorías no son excluyentes.

La repetición de fórmulas como “El último...”, “El eco...”, “Archivo”, “Reloj”, “Casa” o “Biblioteca” muestra que los modelos tienden a elegir palabras con carga narrativa inmediata. Son títulos que prometen misterio, pérdida, memoria o revelación antes de que empiece el cuento. Esta tendencia responde a una lógica de eficacia: con pocos términos se activa una atmósfera reconocible y se orienta la expectativa de lectura.

#### 4. Patrones narrativos detectados

| Patrón            | Cómo aparece                                                                                               | Función narrativa                                                      |
|-------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------|
| Objeto detonante  | Reloj, carta, teléfono, expediente, libro, fotografía, puerta, proyector, esfera o archivo.                | Funciona como llave de entrada al misterio.                            |
| Espacio liminal   | Estación, andén, hospital, biblioteca, hotel, casa, faro, nave, sala de proyecciones.                      | Permite pasar de una realidad ordinaria a otra simbólica o fantástica. |
| Revelación oculta | El personaje descubre una verdad borrada, una memoria falsa, un ciclo temporal o un secreto institucional. | Da estructura clara al relato y sostiene el suspenso.                  |
| Decisión moral    | Elegir despertar, salvar un archivo, liberar una verdad, sacrificarse, irse o quedarse.                    | Convierte la trama en aprendizaje o transformación.                    |

| Patrón          | Cómo aparece                                                                           | Función narrativa                                             |
|-----------------|----------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------|
| Final reflexivo | El cierre suele explicar el sentido emocional de lo ocurrido.                          | Asegura comprensión, pero puede reducir ambigüedad literaria. |
| Figura guía     | Anciano, abuelo, mentor, guardián, jefe de estación o personaje que revela las reglas. | Acelera la exposición y orienta al protagonista.              |

La estructura más repetida puede describirse como una secuencia de normalidad, anomalía, búsqueda, revelación y aprendizaje. El personaje suele iniciar en un entorno cotidiano; después aparece un objeto, lugar o mensaje que rompe la lógica ordinaria; finalmente, el relato conduce a una verdad escondida y a una transformación moral o emocional. Esta arquitectura narrativa es eficiente porque permite producir cuentos completos, legibles y de cierre satisfactorio.

## 5. Familias temáticas predominantes

| Familia temática                         | Presencia estimada | Rasgos asociados                                                                  |
|------------------------------------------|--------------------|-----------------------------------------------------------------------------------|
| Misterio / secreto / investigación       | 41                 | Expedientes, desapariciones, habitaciones, hoteles, archivos, puertas cerradas.   |
| Ciencia ficción / tecnología / IA        | 39                 | Planetas, memoria digital, robots, algoritmos, redes, señales, distopías.         |
| Memoria / tiempo / decisiones            | 36                 | Recuerdos, relojes, trenes, estaciones, futuros posibles, segundas oportunidades. |
| Drama / duelo / familia                  | 28                 | Pérdida, padres, abuelos, despedidas, reconciliación, arrepentimiento.            |
| Fantasía / mundo alterno                 | 24                 | Jardines imposibles, castillos, puertas, mundos alternos, objetos mágicos.        |
| Romance / vínculos afectivos             | 20                 | Parejas, cartas, espera, sacrificio, cuidado, amor paciente.                      |
| Terror / suspenso psicológico            | 18                 | Casas, sombras, entidades, ciclos, vigilancia, miedo interior.                    |
| Naturaleza / ecología / espacio sensible | 12                 | Ríos, flores, árboles, planeta, agua, sol, estrellas, vida.                       |

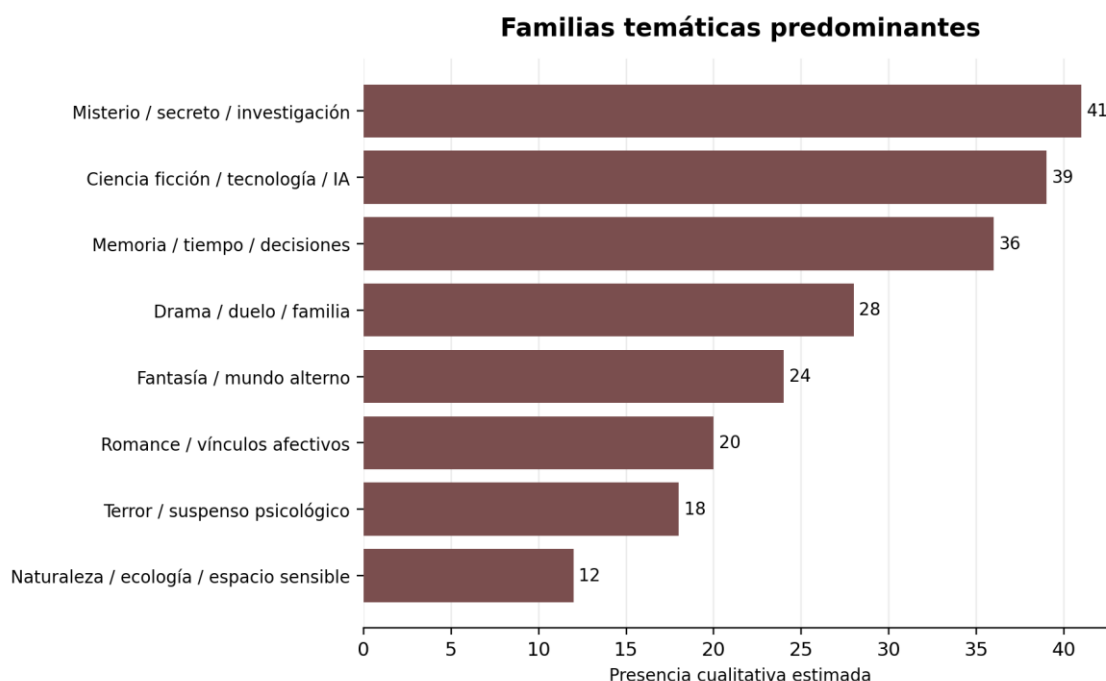


Gráfico 3. Presencia cualitativa estimada de familias temáticas. Una obra puede pertenecer a varias familias.

El compendio se organiza principalmente alrededor del misterio, la ciencia ficción, la memoria y el tiempo. En conjunto, los cuentos convierten preocupaciones contemporáneas —tecnología, automatización, dependencia digital, pérdida de vínculos, crisis ambiental y búsqueda de identidad— en relatos de descubrimiento. El misterio funciona como marco dominante incluso cuando el género declarado es romance, drama o fantasía.

## 6. Patrones por modelo

| Modelo / condición                | Casos | Rasgos observados                                                                                                                                                                            | Inferencia                                                                                   |
|-----------------------------------|-------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------|
| ChatGPT / GPT                     | 73    | Estructura lineal, protagonista claro, conflicto identificable, revelación y cierre moral o reflexivo. Frecuente drama, misterio accesible, terror moderado y ciencia ficción con enseñanza. | Suele cerrar con frases tipo “comprendió que...”, “desde entonces...” o “nunca volvió a...”. |
| Gemini                            | 34    | Mayor carga visual y conceptual. Tiende a títulos con eco, frecuencia, nebulosa, silicio, neón, horizonte, red o imágenes cósmicas.                                                          | Puede sonar más atmosférico, ornamental o de ciencia ficción visual.                         |
| Claude                            | 12    | Tono más introspectivo y pausado. Se inclina a pérdida, memoria, amor, amistad y melancolía.                                                                                                 | El cierre puede sentirse menos didáctico y más contemplativo.                                |
| Dola / Copilot / DeepSeek / otros | 5     | Presencia menor, por lo que solo se observan indicios. DeepSeek aparece con ciencia ficción técnica; Copilot y Dola quedan como casos aislados.                                              | No hay volumen suficiente para generalizar con seguridad.                                    |

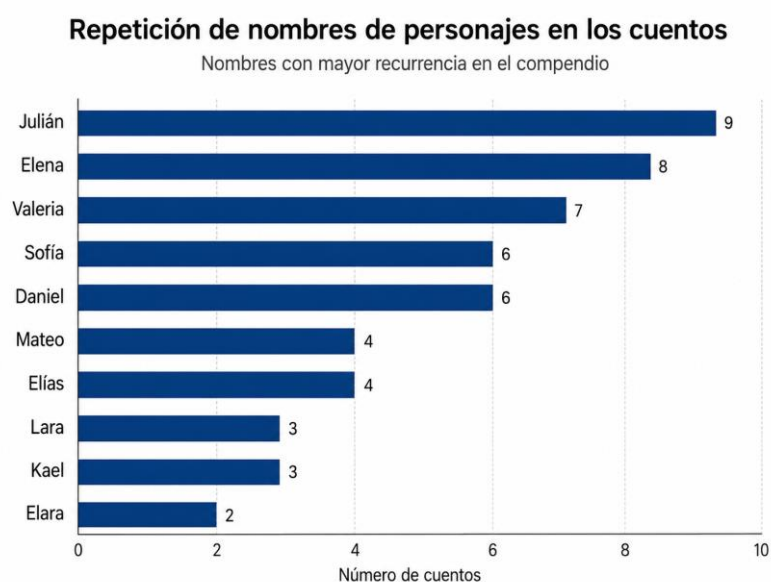
| Modelo / condición | Casos | Rasgos observados                                                                                                            | Inferencia                                                                             |
|--------------------|-------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------|
| Sin IA en el texto | 10    | Textos sin generación de IA en el cuerpo narrativo o con IA usada solo en tareas periféricas, como título, imagen o formato. | Funcionan como grupo de comparación frente a textos generados o ampliamente asistidos. |

ChatGPT/GPT tiende a privilegiar claridad, progresión lineal y cierre explícito. Gemini se distingue por una imaginación más visual y por títulos de mayor densidad simbólica. Claude aparece con menor frecuencia, pero sus textos suelen inclinarse hacia lo íntimo, melancólico y contemplativo. Los modelos o herramientas con menos presencia no ofrecen volumen suficiente para sostener generalizaciones firmes, aunque sus casos contribuyen a ampliar la variedad del conjunto.

## 7. Patrones en nombres de personajes

| Tipo de relato                  | Nombres o figuras frecuentes                               | Lectura                                                                          |
|---------------------------------|------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------|
| Drama, romance, vida cotidiana  | Sofía, Mateo, Elena, Valeria, Mariana, Alma, Julián, Elías | Nombres cercanos y reconocibles; facilitan identificación emocional.             |
| Ciencia ficción y fantasía      | Aiden, Elara, Kael, Lyra, Lía, Adrián, Nox, Lumen, Nereida | Nombres breves o internacionales; construyen distancia temporal o mundo alterno. |
| Misterio o policiaco            | Daniel Ortega, Lara, Ruiz, Don Eusebio, Elena Vasconcelos  | Nombres funcionales; refuerzan investigación, archivo o caso.                    |
| Relatos familiares o de memoria | Madre, abuelo, abuela, amiga, mentor, guardián             | El vínculo importa más que la individualidad psicológica del personaje.          |

El patrón de nombres muestra una asociación aprendida por los modelos: los nombres cotidianos se usan para provocar cercanía emocional, mientras que los nombres breves, anglosajones o inventados se reservan para mundos futuristas o fantásticos. Esta elección ayuda a que el lector identifique rápidamente el tipo de universo narrativo sin necesidad de una explicación extensa.



## 8. Inferencias principales del ejercicio

| Inferencia                                         | Evidencia                                                                | Implicación                                                             |
|----------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------------|
| La IA amplía la producción narrativa               | El compendio reúne 134 cuentos de géneros diversos.                      | Sirve como herramienta de arranque, expansión, organización y cierre.   |
| La IA repite fórmulas de alto rendimiento          | Títulos con “último”, “eco”, “archivo”, “reloj”, “casa” y “biblioteca”.  | La edición humana debe romper automatismos para dar singularidad.       |
| Predomina la estructura de revelación              | Muchos cuentos parten de una anomalía y terminan en una verdad oculta.   | El modelo privilegia claridad y recompensa narrativa.                   |
| El final suele moralizar                           | Muchos relatos explican su propia enseñanza.                             | Es útil para textos escolares, pero puede reducir ambigüedad literaria. |
| Hay autoría colaborativa                           | La persona orienta género, premisa y tono; el modelo organiza y expande. | La escritura asistida debe entenderse como proceso mixto.               |
| Los cuentos expresan preocupaciones contemporáneas | IA, memoria digital, automatización, crisis ambiental, soledad y futuro. | El compendio funciona como mapa de inquietudes culturales actuales.     |

El comportamiento del corpus sugiere que la IA actúa como una máquina de organización narrativa: toma una premisa o un género y lo transforma en una estructura estable. Esa estabilidad facilita la escritura, pero también produce recurrencias. La creatividad humana orienta el tema, el tono y la intención; el modelo tiende a completar la forma mediante recursos ya probados: objeto misterioso, revelación, figura guía y cierre de aprendizaje.

## 9. Recomendaciones editoriales y pedagógicas

| Área       | Problema detectado                                                                                               | Recomendación                                                                                               |
|------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Títulos    | Evitar fórmulas repetidas como “El eco de...”, “El último...”, “La memoria de...” cuando no sean indispensables. | Pedir títulos más concretos, irónicos, localizados o inesperados.                                           |
| Personajes | Evitar protagonistas genéricos que solo “descubren” o “aprenden”.                                                | Agregar contradicciones, hábitos, contexto social y motivaciones menos obvias.                              |
| Finales    | Reducir cierres explicativos o moralizantes.                                                                     | Sustituir la moraleja por una imagen final que sugiera el aprendizaje.                                      |
| Escenarios | No depender siempre de estación, archivo, biblioteca, casa o reloj.                                              | Usar espacios cotidianos menos previsibles: transporte, mercado, oficina, taller, aula, calle.              |
| Uso de IA  | Evitar aceptar la primera versión como definitiva.                                                               | Trabajar en ciclos de reescritura: pedir variaciones, editar voz, cortar redundancias y localizar detalles. |

El compendio confirma que la escritura asistida por IA no termina en la generación inicial. La fase de edición es fundamental para aumentar singularidad, precisión y voz propia. Conviene pedir variaciones de estructura, modificar nombres demasiado genéricos, reducir moralejas explícitas y fortalecer detalles locales o personales que el modelo no puede producir por sí mismo sin orientación específica.

## 10. Conclusiones

El compendio no solo reúne cuentos: documenta una forma emergente de escritura. En ella, la imaginación humana propone deseos, temores, géneros y premisas; la IA organiza, expande y embellece; y el resultado conserva tanto la intención de quien solicita como los hábitos del modelo que responde.

El patrón más fuerte es la combinación de misterio, memoria, revelación y enseñanza. Esta fórmula aparece en ciencia ficción, terror, drama, romance y fantasía. La IA convierte muchas premisas en una experiencia de descubrimiento: alguien encuentra algo, cruza un umbral, recuerda una pérdida, descubre una verdad y cambia su forma de vivir.

La conclusión central es que la IA puede ser una colaboradora narrativa poderosa, pero también una productora de fórmulas. El ejercicio muestra posibilidades reales para la creatividad estudiantil, siempre que exista una fase posterior de lectura crítica, edición y apropiación de la voz. La creatividad asistida no elimina la autoría humana; la desplaza hacia la curaduría, la revisión, la selección de premisas y la construcción de una voz menos automática.



La creatividad humana encuentra nuevas formas de expresarse cuando dialoga con la tecnología. En **Algoritmos de la imaginación**, la escritura y la inteligencia artificial se encuentran para dar origen a relatos que exploran el misterio, la ciencia ficción, la fantasía, el drama, el romance y las emociones que atraviesan la experiencia humana.

Este número reúne cuentos creados con apoyo de herramientas de IA, en los que cada autora y autor transforman ideas, inquietudes y mundos posibles en narraciones propias. Más que sustituir la imaginación, la inteligencia artificial aparece aquí como una aliada para experimentar con la palabra, ampliar horizontes narrativos y descubrir nuevas rutas para contar historias.

La presente publicación forma parte de una serie integrada por **12 entregas** que, en conjunto, muestran la diversidad de voces, géneros y estilos que pueden surgir cuando la escritura se convierte en un espacio de colaboración entre personas y sistemas inteligentes.

Cada relato invita a mirar la creación literaria desde una perspectiva contemporánea: una en la que la sensibilidad, la memoria, la intuición y la tecnología se entrelazan para construir nuevas posibilidades narrativas.

Te invitamos a visitar otros números de la revista en:  
<https://revistaiauama.com/>

Esta publicación forma parte de las **12 entregas** de este número especial dedicado a la creatividad a través de la escritura y la creación literaria con inteligencia artificial.

Revista IA UAM-A • Departamento de Administración  
Contacto: [iauama@azc.uam.mx](mailto:iauama@azc.uam.mx)

